EL CABALLERO POBRE.

Olavarría

IMP. DE C. GONZALEZ, S. VICENTE ALTA, 52.

EL CABALLERO POBRE.

COMEDIA EN DOS ACTOS

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA,

POR

Don Eugenio de Olavarría.

MADRID.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.
San Agustin, 12, 2.º, derecha.

1862.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/elcaballeropobre3941olav

AL

SR. D. FRANCISCO GONZALEZ MANRIQUE.

En testimonio de aprecio y cariño.

E. DE OLAVARRÍA.

PERSONAS.	ACTORES.
MAGDALENA.	STA. BERROBIANCO.
D.ª ESCOLÁSTICA.	SRA. ORGAZ.
EL MARQUÉS DE CEBRIAN. .	SRES. ROMEA (D. JULIAN.)
EL SR. FERNANDEZ.. . . .	VICO.
JORGE (su hijo).	PARDIÑAS.
D. TORIBIO.	VIVANCO.
AMBROSIO, criado.	OLTRA.
NICOLÁS, idem.	MARIO.
CELESTINO, id.	ZARAGOZANO.

Un juez.—Un escribano.—Dos alguaciles.—Criados.

La escena en el acto primero pasa en los alrededores de Sevilla. La del segundo, cerca de Córdoba.

Año de 179...

La propiedad de esta comedia pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los Teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales y agentes del CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

ACTO PRIMERO.

Un comedor.—Puerta al fondo. Dos puertas á la derecha. A la izquierda en primer término una chimenea. Mas allá una ventana. Una mesa á la derecha y dos alacenas al fondo. Un gran sillon cerca de la chimenea.

ESCENA PRIMERA.

NICOLÁS.—Luego, MAGDALENA.

NICOLÁS. (Solo, con una librea en la mano.)

Héme ya desde mi modesta condicion de mozo de granja, elevado de un brinco á la dignidad de lacayo... (Se pone la librea.) El señor Marqués me ha vestido con tanta largueza .—preciso es hacerle esta justicia—que aún me pregunto si esta librea es demasiado grande para mí, ó yo soy demasiado pequeño para ella.

MAGDALENA. (Saliendo con un mantel y servilletas.)

Usted es pequeño para la librea, Nicolas.

NICOLÁS.

Gracias por la noticia, señorita: procuraré crecer... Pero qué veo? la Señorita Magdalena de Cebrian con la manteleria en sus bracitos de Marquesa? Dónde vamos á parar? Déme usted acá...

672530

MAGDALENA.

Gracias, Nicolás... Mi padre me ha encomendado estos preparativos, y así me distraigo...

NICOLÁS.

Pues yo no lo permito: la hija de un Marqués, grande de primera clase, no tiene derecho de distraerse así... Los pergaminos padecen... y yo tambien.

MAGDALENA. (Sonriendo.)

Nada hay que prohiba á la hija de un Marqués el ser una muger de gobierno, y la prueba es que voy á ayudar á usted á poner la mesa.

NICOLÁS.

Es posible?

MAGDALENA. (Tomando la cesta de la vagilla.)

Vamos, Nicolás; quiere usted tener la bondad de limpiar estos cubiertos mientras yo repaso la ropa?

NICOLÁS.

La bondad? Diga usted: «Nicolás, haz esto; Nicolás, haz lo otro,» y con aspereza... Así es como yo comprendo la nobleza.

MAGDALENA. (Dándole la cesta de la vagilla.)

Tome usted, mi buen Nicolás.

NICOLÁS. (Aparte.)

Es incorregible!.. (Alto) Quiero que se miren en sus cubiertos de usted; quiero que cada uno de los convidados se vea la nariz en la punta del tenedor. (Durante lo que precede, Nicolás se sienta en la silla, cerca de la mesa; coloca la cesta en otra silla delante de él, y Magdalena se dispone á repasar la ropa de mesa.)

MAGDALENA.

Perfectamente. Trabajemos.

NICOLÁS.

Trabajemos! Usted... una Cebrian!... Ah! si yo fuera bisabuelo de usted, me avergonzaria de verla en tal faena... pero cada uno tiene

sus manias... El señor Marqués tiene tambien las suyas... yo las respeto.

MAGDALENA.

Y hace usted bien, Nicolás, porque mi padre es el mejor de los hombres.

NICOLÁS (Trabajando.)

Quién lo duda? Pero yo comprendo la nobleza de distinto modo que él... Por de pronto yo no hubiera abandonado el hermoso palacio de Cebrian en Córdoba, por venir á vegetar en esta reducida granja cerca de Sevilla. Además, si yo fuese noble, tendria á mi lado un regimiento de lacayos y un escuadron de caballos para mi uso, y no me contentaria como el señor Marqués, con una simple cocinera por toda servidumbre y una yegua gris de mi padre por toda caballeriza.

MAGDALENA.

Con eso le basta: la prueba es que ha hecho enganchar esta mañana la yegua á su viejo birlocho para ir á la ciudad.

NICOLÁS.

Puede que sea verdad... pero asi y todo, yo comprendo la nobleza de los caballos de distinto modo que él... Cierto que la bestia de mi padre...

MAGDALENA. (Sentada en el sillon zurciendo una servilleta.)

Desde la muerte de mi pobre madre, como usted sabe, vivimos mi padre y yo en el retiro más absoluto. Somos los dos últimos vástagos de esta antigua familia de los Cebrian, ante la cual usted y su padre se inclinan todavía con respeto. Nuestra vida se desliza sosegada y tranquila en esta pequeña heredad... ¿A qué turbarla por el ruido y la ostentacion de un lujo tan innecesario á nuestra felicidad? Mi padre es dichoso al lado de su querida hija que ama, de su piano que adora, sus dos únicas pasiones en este mundo, y yo me considero feliz viendo la dicha de mi padre.

NICOLÁS.

Sus dos únicas pasiones!... Yo le he descubierto la tercera.

MAGDALENA.

Oh! no me diga usted nada... la primera está ya celosa de la segunda.

NICOLÁS.

Tranquilícese usted, señorita: la tercera no es peligrosa para usted. Es su caja de rapé... Ya sabe usted; esa caja de oro con el retrato de dos salvajes... (A media voz.) en traje de gala... es decir, en cueros... Pues! lo mismo que en esta vagilla.

MAGDALENA.

Sí, las armas de los Cebrian. Oh! comprendo esa pasion y no me da celos. Esa caja fué regalada á mi abuelo por el rey, y mi padre la conserva como una reliquia de familia.

NICOLÁS.

Y no conserva otra cosa?

MAGDALENA.

Qué quiere usted decir?

NICOLÁS.

Nada, nada... líbreme Dios de imitar á las malas lenguas de pueblo, que dicen...

MAGDALENA.

Qué dicen?... Hable usted.

NICOLÁS.

Pues bien, señorita, salvo el respeto que debo á usted, dicen que el señor Marqués es avaro.

MAGDALENA.

Pobre padre mio!.. No le conocen.

NICOLAS (indignado.)

Eso es lo que yo les contesto. Avaro... él! no le conoceis... es... económico... pero nada más.

MAGDALENA.

Cómo! Nicolás!... Tambien usted supone...

NICOLÁS.

No, señorita... soy incapaz... lo que he supuesto es que guarda en el sótano gran coleccion de monedas con la efigie del rey de que usted me ha hablado... pero como un recuerdo de familia únicamente.

MAGDALENA (pensativa).

Ah!

NICOLÁS (continuando).

Y ya se vé; cuando uno no gasta, ni recibe á nadie...

MAGDALENA.

No obstante, hoy...

NICOLÁS.

Cierto que el señor Marqués da hoy una gran comida... pero es la primera vez que lo hace en su vida.

MAGDALENA.

Nicolás, principio quieren las cosas... y yo agradezco á usted y á su excelente familia, el que nos ayuden en esta ocasion solemne... Son ustedes tan buenos!

NICOLÁS.

Dígame usted, señorita; sin que sea curiosidad, se puede saber por qué el señor Marqués reniega de ese modo de sus costumbres?

MAGDALENA.

Lo ignoro. Mi padre me dijo anoche : «Magdalena , mañana tendremos gente á comer, y yo partiré temprano á Sevilla.»

NICOLÁS.

Es particular... (Levantándose.) He acabado, señorita.

MAGDALENA.

Gracias, Nicolás. Quiere usted dejar la vagilla en la alacena?

NICOLÁS.

Sí, señorita. (Pasando por delante de la ventana.) Ah! siempre ese jóven!

MAGDALENA.

Quién?

NICOLÁS.

El hijo de ese rico banquero de Sevilla que ha comprado hace poco una hacienda en los alrededores; el señor Fernandez.

MAGDALENA (turbada.)

Jorge!

NICOLÁS.

Se llama Jorge? No lo sabia... Es sorprendente lo que gusta ese jóven de pasearse por ahí!

MAGDALENA (lo mismo.)

De veras?

NICOLÁS.

No lo ha observado usted?

MAGDALENA.

No.

NICOLÁS.

Se conoce que le encanta el país.

MAGDALENA.

Sin duda.

NICOLÁS.

Toma! y vea usted; entra.

MAGDALENA (con viveza.)

Y mi padre que no está... Ayúdeme usted á quitar estos objetos, mi buen Nicolás.

NICOLÁS.

Con mucho gusto. Sea usted Marquesa... señorita.

JORGE. (En la puerta del fondo.)

Perdone usted, señorita...

NICOLÁS. (Aparte.)

Vamos, cuando digo que le encanta el país!.. (Váse por el fondo despues de haber saludado á Jorge.)

ESCENA II.

MAGDALENA.—JORGE.

JORGE (Turbado.)

Su padre de usted no está?

MAGDALENA.

No, señor.

JORGE (Lo mismo.)

Creí haber distinguido en la azotea al señor Marqués... y he entrado...

MAGDALENA.

Se halla en Sevilla.

JORGE.

Entonces le he equivocado con otro...

MAGDALENA.

Estoy sola, y no he recibido visitas esta mañana...

JORGE.

En ese caso me he engañado; solo siento haber distraido á usted de sus ocupaciones.

MAGDALENA.

No vale la pena... Queria usted hablar á mi padre?

JORGE.

Sí, señorita...de un negocio... ó mejor dicho, de un proyecto del cual le tengo ya hablado y que quizá ha comunicado á usted ya...

MAGDALENA.

No, señor.

JORGE.

Preciso será, sin embargo, que sea usted consultada sobre ese asunto...

MAGDALENA.

Yo?

JORGE.

Sí, señorita: y si quisiera usted emitir una opinion favorable...

MAGDALENA.

Cree usted?..

JORGE.

Oh! que eso allanaria grandes dificultades.

MAGDALENA.

Segun eso, se interesa usted mucho en su éxito?

JORGE.

Mucho y tambien mi padre.

MAGDALENA.

Pues bien, si todos son de opinion... qué tiene usted que temer?

JORGE.

La de usted sobre todo que no sé aún... y despues... (Titubeando.) ciertas debilidades que se atribuyen al señor de Cebrian...

MAGDALENA. (Aparte.)

Lo cree avaro!... Él tambien!

JORGE.

Pero felizmente mi padre viene hoy á comer aquí, y espero...

MAGDALENA. (Sorprendida.)

Cómo! Es él... Es usted... son ustedes los que aguardamos...

JORGE.

No lo sabia usted?

MAGDALENA.

No por cierto.

JORGE.

Mi padre, á título de justa correspondencia, vuelve expresamente esta tarde de Madrid para asistir á la comida.

MAGDALENA.

Bien venido sea el señor Fernandez lo mismo que usted, Jorge.

NICOLÁS. (Anunciando.)

El señor don Toribio Jimenez.

ESCENA III.

DICHOS.—D. TORIBIO.

JORGE.

El primer platero de Sevilla!

DON TORIBIO.

Y humilde servidor de usted! (Saludando.) Señorita... Don Jorge...

MAGDALENA.

Qué dicha! Me trae usted mi medallon?

DON TORIBIO.

Y compuesto el anillo que tenia roto...

MAGDALENA.

Gracias por tanta exactitud, don Toribio. Estaba tan triste desde que me ví separada de ese retrato... lo único que me resta de mi pobre madre!...

JORGE.

Tambien yo perdí la mia.

MAGDALENA.

Qué hermosa era! (Contemplando el retrato.)

JORGE.

Con efecto, muy hermosa Por cierto que se le parece á usted mucho.

MAGDALENA. (Turbada.)

Qué debo á usted, don Toribio?

DON TORIBIO.

Nada.

MAGDALENA.

Muy barato es; no...

DON TORIBIO.

El señor Marqués me ha hecho el honor de pasarse esta mañana por mi tienda...

MAGDALENA.

Y le ha pagado á usted?

DON TORIBIO.

Sí, señorita.

MAGDALENA.

Mi buen padre! De nada se olvida. (Se aleja.)

DON TORIBIO.

Conque al fin, don Jorge, el señor Fernandez llega esta tarde á la quinta de usted?

JORGE.

Sí, señor don Toribio, y le espero con una ansiedad...

DON TORIBIO.

Lo comprendo... Sabe usted lo que me ha prometido?

JORGE.

Qué?

DON TORIBIO.

La provision de los diamantes y joyas de la boda...

MAGDALENA. (Aparte apoyándose en la mesa.)

De la boda! (Jorge se vuelve y sorprende este movimiento.)

DON TORIBIO.

Por ventura el señor Fernandez se ha ocupado de los regalos, antes de hablarle á usted del casamiento y de la futura?

MAGDALENA. (Haciendo un esfuerzo para salir.)

Perdone usted, caballero...

JORGE. (Reteniéndola y á media voz.)

Esa turbacion... esa emocion... Oh! gracias!

MAGDALENA. (Idem.)

Caballero...

JORGE.

La mujer que mi padre me destina es usted.

MAGDALENA. (Id. con alegría.)

Oh! déjeme usted salir, Jorge, déjeme usted salir. (Vase por la derecha.)

ESCENA IV.

JORGE.—DON TORIBIO.

DON TORIBIO.

Habré dicho una tontería?

JORGE. (Alegremente.)

Al contrario: ha estado usted muy oportuno, no lo dude usted.

DON TORIBIO.

No... no... sostengo que he dicho una tontería. Yo no he debido hablar de diamantes y de boda en presencia de esa pobre jóven...

JORGE.

Por qué?

DON TORIBIO. (Bajando la voz y con aire misterioso.)

Porque esa boda no se realizará.—He hecho esta mañana un triste descubrimiento... Todo el mundo se sorprendia... por vida! y yo era el primero... verdad es, que soy lo más estúpido...

JORGE. (Sin escucharle.)

Sí, ya sé...

DON TORIBIO.

Gracias.—Pues como digo, todo el mundo se sorprendia de ver al señor Marqués de Cebrian, permanecer en esta reducida propiedad, no ostentando por todo lujo más que un caballo viejo, que no le pertenece, y un antiguo birlocho que le pertenece demasiado.

JORGE.

Sin duda.

DON TORIBIO.

Pues bien; qué decian todos? y yo el primero?... Si soy lo más mentecato...

JORGE.

Repito que ya sé... Prosiga usted.

DON TORIBIO.

Pues, todos á una voz decian: El Marqués es avaro!

JORGE.

Y qué?

DON TORIBIO.

Que todos se engañaban.

JORGE. (Con alegría.)

Oh! dicha!

DON TORIBIO.

Es pobre... está arruinado!

JORGE.

Cielos!

DON TORIBIO.

Hace cosa de una hora... me hallaba yo en mi platería con mi mujer... y á propósito: me recomiendo á usted para los regalos...

JORGE. (Impaciente.)

Bien, si...

DON TORIBIO.

Me hallaba con mi mujer, repito, cuando el señor Marqués penetra en mi casa. Habia dejado su vehículo en la esquina de la calle, sin duda para no llamar la atencion.—A pesar de su palidez, su rostro estaba sereno... y se dirigió á mí con la gracia y la nobleza esquisitas que revela en todo lo que dice y hace, diciéndome: don Toribio, tengo que proponer á usted un negocio. Poseo una caja de oro, que me es completamente inútil porque no tomo tabaco y quisiera deshacerme de ella! Y con mano insegura me alargó su caja, en la cual habia raspado cuidadosamente con un cortaplumas las armas de la casa de Cebrian.

JORGE.

Qué quiere decir?...

DON TORIBIO. (Continuando.)

Véalo usted, añadió, péselo y dígame lo que vale esa joya insignificante.—Sesenta ducados, señor Marqués.—Le conté la suma, la recogió del mostrador con dedos convulsos y se alejó en seguida.

JORGE.

Es singular!

DON TORIBIO.

Eso precisamente dijo mi mujer: ella es muy curiosa... como todas las mugeres... de los plateros.—Siguió al Marqués á cierta distancia, y le vió entrar en una hosteria, comprar una polla trufada, una empanada y otras provisiones de boca hasta donde alcanzaban los sesenta ducados que acababa de entregarle.

JORGE. (Aparte.)

Dios mio! Ya adivino...

DON TORIBIO.

Hoy hay recepcion aquí, y para pagar su comida el Marqués de Cebrian, se ha visto en la necesidad de vender su caja de rapé.

JORGE.

Oh! eso es horrible, caballero.

DON TORIBIO.

Y cuando uno piensa que hay personas que van á disfrutar de esa comida... que la han aceptado...

JORGE.

Y mi padre?... (Aparte). Imposible prevenirle... no llegará de Madrid hasta la hora de comer...

DON TORIBIO.

Quien va á devorar su caja, su postrer recurso...

JORGE. (Aparte.)

Magdalena sin dote, sin esperanza!... cuando mi padre lo sepa... Oh! es preciso que yo salga á su encuentro... que le prepare, que obtenga de él... (Ruido de un coche.)

DON TORIBIO. (Cerca de la ventana.)

Ahí entra el señor de Cebrian... Mire usted, mire usted; su postizo criado saca las cestas del carruaje.

JORGE.

El Marqués! (Vase rápidamente por la derecha.)

DON TORIBIO.

Se marcha! (Siguiéndole.) Eh! don Jorge, me recomiendo á usted para... (Interrumpiéndose.) El señor Marqués!

ESCENA V.

D. TORIBIO.—EL MARQUÉS precedido de NICOLÁS cargado de provisiones.

EL MARQUÉS. (A Nicolás.)

Déjalo todo en la alacena, y despacha luego.

NICOLÁS.

Al punto, señor Marqués. (Aparte colocando las provisiones en la alacena.) Una polla trufada!.. Así concibo la nobleza.

DON TORIBIO. (Aparte.)

Lo dicho... se ha gastado todo el importe de la caja.

MARQUÉS. (A Nicolás.)

Lleva esa polla á la cocina... baja despues á la bodega y sube vino.

NICOLÁS.

Cuántas botellas?

MARQUÉS. (Despues de un instante de reflexion.)

Trae las que encuentres... (Vase Nicolás.) (Aparte.) Deben quedar tan pocas... siete ú ocho á lo sumo.

DON TORIBIO. (Saludando.)

Señor Marqués...

MARQUÉS.

Usted aquí, don Toribio? (Con una inquietud que se esfuerza en disimular.) Se arrepiente usted de la compra que ha hecho esta mañana?

DON TORIBIO.

Al contrario, señor Marqués. Mi venida no ha tenido más objeto que el de entregar á la señorita Magdalena el medallon que me habia confiado, y que no he compuesto hasta despues de haberse usted marchado.

MARQUÉS. (Serenándose.)

Ya! Y se lo ha entregado usted?

DON TORIBIO.

Sí, señor.

MARQUÉS.

Quiere usted tener la bondad de decirme qué le debo?

DON TORIBIO.

Nada.

MARQUÉS.

Cómo?.. Nada?...

DON TORIBIO.

La señorita Magdalena me ha pagado ya.

MARQUÉS.

Pues solo me resta dar á usted las gracias... (Se oye cantar á lo lejos.) Oye usted? Esa es la voz de mi hija .. cuando las alondras cantan, es señal que tienen el corazon contento. Ya lo ve usted, D. Toribio, todo respira aquí la alegria, la felicidad...

DON TORIBIO. (Aparte.)

Pobre hombre! Qué de esfuerzos para ocultar su miseria y sus penas! (La voz se oye más cerca.)

MARQUÉS (Sentándose en el sillon á la izquierda.)

Hola! Ahí viene mi querida hija.

DON TORIBIO. (Aparte.)

Evitemos esplicaciones... Yo me escapo.

MARQUÉS.

Se marcha usted?

DON TORIBIO.

Sí, señor Marqués.

MARQUÉS.

Sin refrescar?... ni tomar ni siquiera un dedo de vino añejo!

DON TORIBIO. (Con viveza.)

Me esperan en Sevilla. (Vase por el fondo.)

ESCENA VI.

EL MARQUÉS.—MAGDALENA.

(Entra por la derecha con dos compoteras de fruta.)

MARQUÉS.

Buenos dias, hija mia.

MAGDALENA.

Felices, padre.

MARQUÉS.

Paréceme que la alondra ha pasado bien la noche cuando canta tan alegremente.

MAGDALENA.

Oh! sí, padre mio... estoy muy alegre... muy contenta...

MARQUÉS.

Vamos, vén á sentarte aquí... junto á mí. (La abraza y sin decir nada la pone un zarcillo que ha sacado de una cajita de carton.)

MAGDALENA.

Qué hace usted?

MARQUÉS.

No te mueyas... (Le dá la caja que contiene el segundo zarcillo.) Toma.

MAGDALENA.

Ha sido por esto por lo que ha ido usted á casa de don Toribio?

MARQUÉS (Un poco turbado.)

Sí... por eso.

MAGDALENA. (Abrazándole.)

Qué bueno es usted!

MARQUÉS.

Ahora, hablemos sériamente.

MAGDALENA.

Y si yo hubiese adivinado las cosas sérias que tiene usted que decirme?

MARQUÉS.

Diria que eras una hechicera.

MAGDALENA.

Pues bien, sin tener nada de hechicera, lo sé todo.

MARQUÉS.

Esplícame entonces lo que yo ..

MAGDALENA.

Sé que espera usted hoy á comer á un vecino...

MARQUÉS.

Es verdad: su nombre?

MAGDALENA.

Don Faustino Fernandez.

MARQUÉS.

Es eso todo?

MAGDALENA. (Bajando los ojos.)

Y á Jorge... su hijo.

MARQUÉS.

Por qué te turbas al pronunciar su nombre, hija mia? Amas á Jorge?

MAGDALENA. (Confusa.)

Yo...

MARQUÉS.

Vamos, con franqueza.

MAGDALENA. (Apoyando su cabeza en el hombro del marqués.)

Sí... le amo.

MARQUÉS.

Agradezco tu declaracion, Magdalena... Pero ya que todo lo adivinas, sabes el objeto de nuestra reunion?

MAGDALENA.

Nunca me hubiera atrevido á adivinarlo, pero me lo han dicho.

MARQUÉS.

Quién?

MAGDALENA.

Jorge.

MARQUÉS.

Oiga! Ha estado aquí?

MAGDALENA.

Como tenia que hablar con usted...

MARQUÉS.

Y se ha presentado durante mi ausencia? Ahora me lo esplico todo... (Sonriendo.) El cariño de un padre es sosegado, tranquilo, pero el de un amante es...

MAGDALENA.

Qué dichosa soy!

MARQUÉS.

Cuida, niña, de pronunciar todavia esa palabra. Ese casamiento hasta ahora no es más que una esperanza... y el más pequeño obstáculo...

MAGDALENA (Levantándose.)

Un obstáculo?

MARQUÉS.

Quién sabe!

MAGDALENA.

No puede haberlo. El señor Fernandez está decidido á llevarlo á cabo... Jorge lo desea... yo no me opongo... y no hay duda que usted...

MARQUÉS.

Yo oponerme á tu dicha, que es el objeto constante de mi vida?

MAGDALENA.

Entonces, qué tenemos que temer?

MARQUÉS. (Levantándose.)

Nada... nada... Vé á componerte un poco para la comida; la hora se acerca... vete.

MAGDALENA. (Alejándose.)

Un obstáculo... Oh! (Vuelve, le abraza y váse.)

ESCENA VII.

EL MARQUÉS solo.—Despues NICOLÁS.

MARQUÉS. (Siguiéndole con la vista.)

Si el señor Fernandez no aspira á otra cosa que á labrar la dicha de su hijo: «Tome usted mi hija, caballero,» le diré; pero si me exije un dote... (Procurando desvanecer un pensamiento penoso.) Vamos, vamos. (Toma la cesta donde está la plata.) Seis tenedores y seis cucharas... para cuatro que seremos en la mesa, poco es... pero dando algunas instrucciones á Nicolás... (Tomando la mantelería.) Este mantel... estas servilletas son de una limpieza admirable. Magdalena ha andado por aquí...—Espero que nada falte á la comida... la empanada, la polla... decididamente tendremos una gran comida. (Nicolás acaba de colocar en el fondo una cesta, de la cual saca tres botellas llenas de polvo, que limpia con cuidado.)

MARQUÉS. (Volviéndose en el momento en que Nicolás limpia la tercera botella. Vivamente.)

Qué haces ahí?

NICOLÁS.

Limpio las botellas... están llenas de polvo.

MARQUÉS. (Descontento.)

Bien, basta. Cuidado con limpiar las otras.

NICOLÁS. (Sorprendido.)

Qué otras? (Mostrando la cesta.) He subido todas las que habia, todas!

MARQUÉS. (Sobrecogido.)

Cómo?... No hay más que tres?

NICOLÁS.

Nada más.

MARQUÉS.

Ah! Está bien: márchate. (Solo.) Dios mio! Tres botellas solo! No son bastantes, no... (Procurando serenarse y lográndolo poco á poco.) No importa; Magdalena no bebe, y lo que es yo me guardaré bien de beber tampoco. Jorge está enamorado... y este ni come ni bebe... quedan, pues, tres botellas para uno... es decir, para el Sr. Fernandez solo... Vamos, no hay que desesperar. (Toma las tres botellas que ha limpiado Nicolás y sacude la cabeza con aire de pena; luego, despues de haber vacilado un momento, las deja en la chimenea, cierra la puerta del fondo, temiendo ser sorprendido, se arrodilla y con ayuda de una paleta, arroja ceniza sobre las botellas, retirándolas en seguida de la chimenea. Se quita el gaban, lo coloca en un pequeño armario, y saca de él otro, negro, que limpia y cepilla con cuidado. Se apercibe que blanquea por las costuras de las mangas. Vé un tintero en la chimenea, y titubea aún como avergonzado de lo que vá á hacer: se decide por último; coje una pluma y ennegrece las costuras. La orquesta acompaña esta escena muda, el Marqués con la pluma todavía.)

Oh! mis antepasados... Cerrad los ojos para no verme.

NICOLÁS. (Dentro.)

Allá voy, allá voy!

MARQUÉS.

Alguien viene. (Descorre los cerrojos y pone las botellas en la alacena.) Entre usted.

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS.—NICOLÁS.

NICOLÁS. (Entreabriendo la puerta con aplomo.)

Soy yo, señor, su lacayo de usted.

MARQUÉS.

Entra... y aprende á poner la mesa.

NICOLÁS. (En alta voz á la manera de los mozos de café.)

Volando. (Pone la mesa.)

MARQUÉS. (Sorprendido.)

Cómo se entiende!...

NICOLÁS.

Es que antes de entrar al servicio del señor Marqués, he estudiado las maneras del mozo de una de las hosterias de Sevilla.

MARQUÉS.

Te aconsejo que tomes tus modelos en otra parte.

NICOLÁS. (Descontento.)

Puesto que el señor Marqués lo desea... Cuántos cubiertos se han de poner?

MARQUÉS.

Cuatro.

NICOLÁS. (Muy bajo.)

Volando. (Pone con torpeza el mantel.)

MARQUÉS. (Cogiéndoselo de las manos y poniéndolo con el mayor cuidado.)

Luego que tengas el mantel de esta manera, colocas los platos así... uno aquí... otro allá... el tercero en este sitio y el último en frente.

NICOLÁS. (Siguiéndole con la vista.)

Bien, señor; estoy enterado.

MARQUÉS. (Continúa poniendo la mesa, mientras Nicolás le deja hacer.)

Colocas los saleros así... tu garrafa acá... tu vino delante. (Nicolás viendo las botellas llenas aún de polvo se sorprende y va á limpiarlas de nuevo. El Marqués le detiene con un gesto.)

NICOLÁS. (Aparte.)

Esto no es propio.

MARQUÉS. (Continuando.)

Y tus postres aquí...

NICOLÁS. (Sorprendido.)

Cómo, señor, se van á comer los postres ántes que la sopa?

MARQUÉS.

No... Comemos á la rusa.

NICOLÁS.

Ya!... (Cómo se comerá á la rusa?)

MARQUÉS.

Ahora, pones los vasos de este modo... tus cubiertos así... Apropósito; guárdate de cambiar de cubiertos.

NICOLÁS. (Sonriendo.)

No tenga usted cuidado; ya sé que no es costumbre; en mi casa nunca los cambiamos.

MARQUÉS. (Contemplando la mesa.)

Bien, muchacho, estoy contento de tí... hé aquí una mesa bien puesta.

NICOLÁS. (Con modestia.)

El señor Marqués me lisonjea, no hago más que mi deber...

MAGDALENA. (Dentro.)

Padre! Padre!

MARQUÉS.

Ahí viene mi hija... calla y sirve la comida.

NICOLÁS.

Al momento, señor Marqués.

ESCENA IX.

EL MARQUÉS.—MAGDALENA.—Luego EL SEÑOR FERNANDEZ.

MAGDALENA. (Entrando vivamente.)

Padre mio!

MARQUÉS.

Qué conmovida estás!

MAGDALENA.

El coche del señor Fernandez acaba de entrar en el patio.

MARQUÉS.

Ah! Comprendo... con Jorge?

MAGDALENA.

No, señor, solo: el señor Fernandez viene por la carretera de Madrid.

MARQUÉS. (Mirando por la ventana.)

Y allá distingo á Jorge que llega por la de Sevilla... Vamos á recibirlos al salon.

FERNANDEZ. (Entrando bruscamente.)

Perdone usted, mi querido vecino, si entro sin anunciarme. Oh! y celebro encontrar á usted en el comedor, porque tengo un apetito del demonio. (Reparando en Magdalena.) Ah! disimule usted, señorita... (Saluda respetuosamente á Magdalena, que se inclina á su vez.)

MARQUÉS. (Tendiendo la mano á Fernandez.)

Sea usted bien venido, caballero. Tengo mucho gusto en recibir á usted en mi casa en calidad de vecino, y procuraré que al salir de aqui digamos «hasta más ver» como buenos amigos.

FERNANDEZ. (Con efusion.)

Señor Marqués... yo no entiendo de frases... Solo he hecho nú-

meros en mi vida y conozco que un Fernandez multiplicado por varios millones, no producirá un Marqués... un Marqués como usted, sobre todo. Pero yo creia encontrar aquí á mi hijo.

NICOLÁS. (Anunciando.)

El señor don Jorge Fernandez.

ESCENA X.

LOS MISMOS.—DON JORGE.

FERNANDEZ.

Al fin! Poco ha faltado para que nos hicieras esperar.

JORGE. (Despues de haber saludado al Marqués y Magdalena, procura acercarse al señor Fernandez.)

Perdone usted, padre; vengo por el camino de Sevilla donde esperaba ver á usted antes de...

FERNANDEZ. (Interrumpiendo y alejándose de él.)

He tomado la línea recta á fin de llegar más pronto á la comida.

JORGE. (Aparte.)

Imposible prevenirle.

NICOLÁS. (Que ha servido durante esta escena.)

Señor Marqués, la sopa está en la mesa. (Magdalena examina la mesa.)

FERNANDEZ.

Excelente noticia!

MARQUÉS.

A la mesa, vecino.

FERNANDEZ.

Me es sumamente agradable obedecer á usted. (Deteniéndose.) Pero ahora que recuerdo: ántes déjeme usted tomar un polvo en su aristocrática caja.

MARQUÉS. (Olvidándose.)

Ya se vé que sí... (Se detiene.)

JORGE. (Aparte.)

Dios mio!

MARQUÉS. (Fingiendo que busca la caja.)

Qué he hecho de ella? Sin duda la he dejado olvidada en la biblioteca... Nicolás!

MAGDALENA.

Yo iré á buscarla.

FERNANDEZ.

Es inutil, señorita... Aqui traigo la mia. Cierto que no tiene armas, pero pesa cien adarmes... caja vulgar, ordinaria, pero donde siempre se encuentra excelente rapé á la disposicion de los amigos.

MARQUÉS. (Tomando un polvo.)

Me permite usted?

FERNANDEZ. (Aparte.)

Tanta economia!.. (Se sientan todos.)

MAGDALENA.

El señor Fernandez nos perdonará que le recibamos como unos pobres campesinos, con los recursos de nuestro corral y de nuestra huerta.

FERNANDEZ. (Aparte.)

Se me ha puesto en la cabeza que vamos á tener una comida detestable.

NICOLÁS. (Aparte mirando al señor Fernandez que come sopa.)

Parece que tiene buen diente.

MAGDALENA.

Jorge, no come usted?

JORGE.

Tiene usted razon... olvidaba...

FERNANDEZ. (Riendo.)

Yo tambien olvidaba... á los veinte años.

MARQUÉS. (A Fernandez.)

No bebe usted ?

FERNANDEZ.

De buena gana; despues de la sopa suelo beber un dedo de vino puro. (Alarga su vaso que no retira hasta que lo vé lleno.)

NICOLÁS. (Aparte.)

A eso llama un dedo.

MARQUÉS. (A Jorge.)

Y usted?

JORGE.

Gracias, señor Marqués, muy poco...

MARQUÉS. (Ofreciendo de beber.)

Magdalena?...

MAGDALENA.

Ya sabe usted que no bebo sino agua.

MARQUÉS.

Es verdad. (Levantando la botella en el momento en que iba á echar vino en su copa.) Lo mismo que yo hoy.

FERNANDEZ.

Tambien usted? Diantre! quiere usted obligarme á beber como cuatro?

JORGE.

No es costumbre en usted...

FERNANDEZ.

No, pero un médico de la antigüedad pretende que un excesillo todos los meses es siempre saludable... treinta dias llevo de ayuno... felizmente, este mes trae treinta y uno, y como en su casa de usted, Marqués.

MARQUÉS. (Aparte, sonriéndose.)

He elegido mal dia. (Nicolás trae solemnemente la polla.)

FERNANDEZ.

Cáspita! Una polla trufada!

MARQUÉS.

Nicolás. (Nicolás pone la polla delante del Marqués que la trincha.)

FERNANDEZ.

A fé mia, que si esto es producto del corral, doy á usted mi enhorabuena. En cuanto á las legumbres de que está rellena, si son tambien producto de la huerta, acoto la semilla.

MAGDALENA.

Dios mio! caballero, mi sorpresa iguala á la de usted.

FERNANDEZ.

Ah! Marqués: esto no está bien... usted ha prometido tratarnos como vecinos...

MARQUÉS. (Sonriendo.)

Como vecinos... que gustan de trufas.

FERNANBEZ. (Aparte.)

Mis sospechas eran absurdas... más bien le creo pródigo... (Alto.) Siendo el Burdeos el compañero obligado de la trufa, me atrevo á pedir á usted una lágrima... (Alarga su vaso y no lo retira hasta que está lleno.)

NICOLÁS. (Aparte.)

Pues no llama á eso una lágrima!

MARQUÉS. (Aparte.)

Una botella ya... (Alto.) Nicolás, vino.

NICOLÁS. (Cambiando la botella.)

Y va una.

FERNANDEZ.

Jorge: no quieres ayudarme á hacer brecha en la bodega del señor Marqués? A la salud y la dicha de Magdalena. (Jorge alarga su vaso.) Marqués!...

MARQUÉS. (Enternecido.)

No puedo rehusar...

FERNANDEZ.

Albricias!

MAGDALENA.

Yo tambien... quiero acompañar á usted...

FERNANDEZ. (Triunfante.)

Ah! ya sabia yo que obligaria á todos á beber conmigo!.. A la salud y la dicha de Magdalena. (Bebe.)

NICOLÁS. (Aparte.)

Este hombre no abandona su vaso ni vacío ni lleno.

FERNANDEZ.

Hijos mios, os anuncio una noticia que mete mucho ruido en Sevilla.

JORGE.

Cuál?

FERNANDEZ.

Se habla de cierto casamiento.

JORGE y MAGDALENA. (Conmovidos.)

De un casamiento!

FERNANDEZ. (Haciendo una seña al Marqués.)

Eh? (Alto.) Sí, hijos mios, de un casamiento que os vá á sorprender... del mio!

JORGE. (Con frialdad.)

Libre es usted...

FERNANDEZ.

Tal creo. Por la sola razon de que tengo un hijo de veinte años, me considero mayor de edad. Pero tranquilízate: antes de casarme dos veces, justo es que á tí te case una.

JORGE. (Con alegría.)

Y se casa usted pronto?

FERNANDEZ. (Al Marqués riendo.)

Ya lo tiene usted más impaciente que á mí. (Alto.) Eso dependerá de mi futura... aún resiste... pero espero que acabará por ceder

JORGE.

Su futura?

FERNANDEZ.

La señora viuda de Chamorro.

JORGE.

Ah! es viuda?

FERNANDEZ.

Muy viuda... (Echándose de beber y enseñando la botella vacía.) Como esta botella... y pide sustituto. Nicolás! (Al Marqués.) Se llama Nicolás? Vino.

NICOLÁS. (Aparte trayendo la botella.)

Cero y van dos.

FERNANDEZ. (Continuando.)

Desgraciadamente, el nombre del difunto Chamorro le hace el mismo mal efecto que el de Fernandez.

MAGDALENA. (Con sencillez.)

Cómo no se envanece de llamarse señora de Fernandez?

FERNANDEZ.

Ah! Señorita! he ahí una palabra que me hace doblemente dichoso, pues encierra para mí una doble esperanza.

MARQUÉS. (A Nicolás que trae la tercera botella.)

Dame, Nicolás.

FERNANDEZ.

Dame, dame. (Toma la botella.)

MARQUÉS. (Queriendo cogérsela.)

No se moleste usted.

FERNANDEZ.

Es un placer... (A Magdalena.) Y si no he bebido ya á su salud de usted...

MARQUÉS. (Aparte con angustia.)

La última.

FERNANDEZ.

Se negará usted á beber á mi próximo casamiento?

MAGDALENA.

De ningun modo.

FERNANDEZ.

Y usted tambien, Marqués? (Llena el vaso del Marqués.)

MARQUÉS.

Yo no...

FERNANDEZ.

Usted sabe el proverbio. «Cuando se ha echado el vino...» (A Jorge.) Y tú?

JORGE.

Gracias, padre.

FERNANDEZ.

Cómo? Por ventura este enlace?...

JORGE.

No imagine usted... (Aparte.) no puedo rehusar... (Alto.) Muy poco. (Fernandez llena el vaso de Jorge.)

FERNANDEZ. (Llenando su vaso.)

A mi boda! (Bebe.)

NICOLÁS. (Aparte.)

Este hombre es un tonel.

FERNANDEZ.

Legítimo vino de Marqués! Seguro estoy que tiene usted cuatro ó cinco mil botellas en la bodega.

NICOLÁS. (Aparte.)

Capaz era de bebérselas si las hubiera.

FERNANDEZ. (Poniéndose vino.)

Esta botella pertenece á lo pasado. Nicolás, otra.

NICOLÁS. (Aparte.)

Y van tres!

MARQUÉS. (Aparte, pasándose la mano por la frente.)

Un frio sudor...

FERNANDEZ. (Llamando.)

Nicolás!

NICOLÁS.

Mande usted!

FERNANDEZ.

Vino!

NICOLÁS. (Con voz sorda.)

Allá voy. (Valiente mosquito!)

MARQUÉS. (Maquinalmente á Nicolás que le hace señas.)

Baja á la bodega, Nicolás.

FERNANDEZ.

Hola! A lo que veo he sobrepujado sus provisiones de usted... Baja á la bodega, Nicolás.

NICOLÁS. (Aturdido á su vez.)

Sí, señor.

FERNANDEZ.

Qué haces, pues?

MARQUÉS. (A Nicolás que va á salir.)

No .. espera... Nicolás. (Haciendo un esfuerzo para levantarse.) Olvidaba que la llave de la bodega estaba en mi cuarto... voy yo mismo... (Dá algunos pasos, murmurando.) Salgamos, salgamos! (Las fuerzas le faltan y cae en el sillon.)

MAGDALENA. (Corriendo á su lado.)

Cielos!... Padre!... Qué tiene usted? Jorge, abra usted la ventana...

MARQUÉS. (Volviendo en sí.)

Gracias, hija mia... no es nada... el calor, la falta de aire... me siento mejor.

MAGDALENA. (Abrazando al Marqués.)

Pobre padre mio!

MARQUÉS.

Vuelve en tí... esto no es nada. . un ligero vahido...

FERNANDEZ. (Que se ha levantado tambien.)

Yo soy el único culpable .. Le he hecho á usted beber demasiado... esta manía de creer que todo el mundo tiene la cabeza tan sólida como yo...

MARQUÉS.

Siento haber interrumpido... pero siéntense ustedes, señores. (Se levanta.)

FERNANDEZ.

No, no... hemos comido perfectamente... Nicolás, levanta la mesa... Tenemos que ocuparnos de cosas sérias, señor Marqués.

JORGE.

Les dejo á ustedes solos.

MARQUÉS.

Y tú tambien... déjanos, hija mia. (A Jorge y Magdalena.) Amigos mios, den ustedes un paseo por el jardin.

JORGE. (Aparte, ofreciendo el brazo á Magdalena.)

Qué va á pasar?

MARQUÉS.

Jorge, confio á usted mi hija. (Jorge y Magdalena se van.)

ESCENA XI.

MARQUÉS.—FERNANDEZ.

FERNANDEZ. (Fija la vista en Magdalena que se aleja.)

Señor Marqués, esa niña es un ángel. (Se sienta cerca del Marqués.)

MARQUÉS.

Oh! sí; y celebro oírselo á usted decir.

FERNANDEZ.

Sin duda ha adivinado usted lo que vengo á pedirle.

MARQUÉS.

Le escucho á usted.

FERNANDEZ.

Señor Marqués, yo no tengo como usted árbol genealógico cuyas raices se hunden en lo pasado... yo no soy más que un hombre llano, un pebleyo.

MARQUÉS.

Caballero, tiene usted la nobleza de los sentimientos, que yo coloco en primera línea.

FERNANDEZ.

Gracias por la lisonja; ya puedo ahora hablarle á usted con el corazon abierto... Amo á mi hijo, señor Marqués, como usted ama á su hija.

MARQUÉS.

Oh! mucho le ama usted entonces.

FERNANDEZ. (Continuando.)

En esta inteligencia, y á fin de asegurar su felicidad, tengo el honor de pedir á usted para él la mano de la señorita Magdalena.

MARQUÉS.

En vano trataria de ocultar á usted mi alegria, caballero. Puede disimularse una pena, pero la alegria nos vende siempre. Respondo, pues, á usted con la mayor franqueza: esa union es el sueño de mi vida.

FERNANDEZ. (Tendiéndole la mano.)

Es negocio hecho. Perdone usted la frase... yo siempre he considerado el matrimonio como un negocio... y apropósito: entre gentes cuidadosas de la ventura de sus hijos, estos asuntos deben tratarse en dos palabras, es decir, en dos guarismos.

MARQUÉS. (Aparte.)

Mi sangre se hiela.

FERNANDEZ.

En obsequio á la union proyectada, yo doy á mi hijo una cantidad de doscientos mil ducados, cediéndole mi casa de banca... Yo

no pido nada... ni aún deseo que dote usted á Magdalena con una cantidad igual... pero necesito saber... qué piensa usted dar á esa señorita?

MARQUÉS.

Caballero...

FERNANDEZ.

La mitad?.. Lo cree usted mucho? Bien: fije usted mismo la cantidad...

MARQUÉS.

No puedo...

FERNANDEZ.

La cuarta parte: cincuenta mil ducados? Para un Creso como usted, eso es una bagatela.

MARQUÉS.

Usted me aflije, caballero; me es imposible...

FERNANDEZ.

Perdone usted... yo no soy interesado... mi hijo es bastante rico para ambos... pero no teme usted acreditar ciertos rumores que circulan en el país?

MARQUÉS.

Cuáles?

FERNANDEZ.

Se lo diré á usted con franqueza... el cariño que tiene usted á sus escudos: esto se dice... esto se repite en todas partes... Ea, acabemos: veinte y cinco mil ducados?.. Tampoco? Vamos, doce mil para el moviliario de esos muchachos?

MARQUÉS. (Levantándose.)

Nada!

FERNANDEZ.

Nada?

MARQUÉS. (Agoviado.)

No puedo hacer nada por mi hija.

FERNANDEZ. (Levantándose tambien.)

Ah! esto es demasiado!.. Bien me lo habian dicho, aunque no lo

daba crédito... Conque es usted avaro? Pues bien, señor Marqués, yo soy muy testarudo... y si no dá usted esos miserables doce mil ducados, que me avergüenzo de exijirle, declaro á usted yo, Faustino Fernandez, que ese casamiento no se verificará!

MARQUÉS. (Aparte.)

Hija mia!.. (Alto.) Caballero, no me obligue usted á que le declare...

FERNANDEZ.

Señor Marqués, es inútil prolongar esta conversacion.

MARQUÉS.

Deténgase usted: mi deber de padre me obliga á decirle...

NICOLÁS. (Azorado.)

Señor Marqués... Ah! Señor Marqués, acaban de darme este papel; urgentísimo. (Aparte.) Y yo que le creia avaro como otros tantos imbéciles... (Designa á Fernandez, y vase echando una mirada de compasion al Marqués.)

MARQUÉS. (Aparte, despues de leer el papel.)

El embargo! Solo me faltaba este golpe... debí esperarlo.

FERNANDEZ.

En qué quedamos?

MARQUÉS.

No le detengo á usted, caballero...

FERNANDEZ.

Cómo? Se niega usted...

MARQUÉS.

Me niego.

FERNANDEZ.

No hablemos más de ello. Abandonaré con Jorge esta casa, en donde no nos volverá usted á ver... mi hijo morirá... señor Marqués... su hija de usted tambien... pero, qué importa? Usted habrá conservado sus doce mil ducados! (Vase. Oyese decir en el fondo) Ven, Jorge, sígueme. A los pies de usted, señorita.

ESCENA XII.

EL MARQUÉS.—MAGDALENA.

MAGDALENA. (Inquieta.)

Qué ha pasado aquí, padre?

MARQUÉS. (Que ha caido en una silla delante de la mesa.)

Magdalena!

MAGDALENA.

El señor Fernandez acaba de marcharse... y se lleva á su hijo!

MARQUÉS.

Entonces, lo sabes todo.

MAGDALENA.

Cielos! Esa union... No ha consentido? Hable usted... su silencio de usted me mata.

MARQUÉS.

El señor Fernandez me ha pedido tu mano.

MAGDALENA. (Con alegría.)

Ah!

MARQUÉS.

El señor Fernandez es rico... ha exigido un dote... le ha fijado él mismo...

MAGDALENA.

Y usted... (Silencio del Marques.) usted... ha rehusado?

MARQUÉS.

Sí, hija mia.

MAGDALENA. (Reprimiendo un movimiento.)

Está bien... (Aparte.) Ahora comprendo...

MARQUÉS. (Aparte.)

Ella tambien!.. ella tambien!.. (Alto, buscando su mano.) Magdalena!

MAGDALENA.

Pasta. (Con mezcla de dolor y amargura.) Ha hecho usted bien... usted

no me debe nada... ni siquiera una esplicacion... la cual por otra parte, seria muy penosa para ambos. (Se cubre el rostro con las manos.)

MARQUÉS. (Cayendo de rodillas cerca de ella y prorrumpiendo en sollozos.)

Perdóname, hija mia: soy pobre... estoy arruinado!

MAGDALENA. (Dando un grito.)

Qué dice usted? Pobre!... Arruinado! Y me pide usted perdon!.. Y está usted á mis pies!.. Levántese usted, padre, levántese usted.

MARQUÉS. (Arrojándose en sus brazos.)

Magdalena... hija mia!.. (Despues de estrecharla largo rato, se desprende de sus brazos, se sienta, le coje las manos y continúa.) Hace quince años... estábamos una noche de invierno en el gran salon del palacio de los Cebrian... bordaba tu madre, sentada al lado de tu cuna en que acababas de dormirte, en tanto que yo en mi piano tocaba muy bajo esa ária que mil veces me has oido, y que arrullaba tus primeros sueños... Oh! qué hermosos dias! Oh! qué venturosa casa! Un pasado lleno de gloria y honor, un presente que resumia las más dulces alegrías de la vida, un porvenir más bello aún, en que leíamos en tus ojos las más risueñas promesas!.. De repente retumbó con fuerza la campana del palacio... me extremecí como si hubiera presentido una desgracia... Abrióse la puerta, y una mujer desconsolada...—era la esposa de mi hermano,—vino á caer á mis pies, esclamando: «Sálvele usted... sálvele usted... quiere morir... quiere matarse...» El juego, las especulaciones, habian devorado el patrimonio del vizconde de Cebrian, y la última, sobre todo, le hizo contraer una deuda sagrada... una deuda enorme...—Qué podemos hacer? pregunté á mi hermana levantándola; qué quiere usted?—La vida de mi marido, respondió, en tanto que otra voz gritaba en mi interior: «El honor de nuestra casa!!.» Ya habia tomado una pluma... pero mis miradas se fijaron en tu cuna... y la pluma se me desprendió de las manos.

MAGDALENA. (Ansiosa.)

Vaciló usted?

MARQUÉS.

Yo buscaba en otra parte el valor que tu vista me quitaba.. Mi-

raba fijamente á tu madre que levantándose tranquila y digna, (Se levanta.) «Marqués de Cebrian,» me dijo, «cumpla usted con su deber.»

MAGDALENA. (Con vehemencia.)

Oh! benditos sean ustedes!

MARQUÉS.

Aquella misma noche dí mi firma... al rayar el alba se hipotecó el palacio... un mes despues era vendido en subasta, y aquel dia... murió tu madre.

MAGDALENA.

Madre mia!

MARQUÉS.

Entonces fue cuando me retiré contigo á esta pequeña heredad, último resto de mi pasada fortuna, ocultando mi miseria como otro ocultaria la vergüenza... nécia vanidad que iba á hacerme blanco de las sospechas, del desprecio, de las humillaciones!.. Engañandote á tí misma, para sufrir solo... retrasando siempre esta terrible confesion; bastante loco, para creer que los tesoros de tu alma y de tu corazon, reemplazarian á un dote... pero ah! acabo de ser cruelmente desengañado! Tú eres hermosa, eres buena, eres un ángel... Qué importa? Pues eres pobre... sé desgraciada!

MAGDALENA. (Conteniendo sus lágrimas.)

No, padre, no. Si me promete usted no desmayar... tendré yo valor... Si no llora usted... yo sonreiré... seré fuerte y animosa como debe ser la hija de tan digno padre.

MARQUÉS.

Di que me ocultarás tus sufrimientos... (Llorando.) Porque tú le amas, pobre hija mia, tú le amas!

MAGDALENA. (Con firmeza.)

A usted es á quien yo amo. Mis esperanzas de un instante, mi corto sueño... todo, todo lo olvidaré... lo quiero, lo debo... No he sido hasta hoy dichosa al lado de usted? y ahora que ha depositado usted en mí el peso de esa declaracion penosa, no podemos ser felices en este retiro, lleno de nuestros recuerdos?

MARQUÉS. (Con amargura.)

En este retiro? Pobre niña, que aún cree en algo!.. que se imagina que la desgracia se cansa y se detiene!.. no tenemos asilo!.. Lee. (El Juez, un escribano y el alguacil, aparecen en el fondo.)

NICOLÁS. (Corriendo.)

Señor Marqués, la justicia!

MAGDALENA.

Partamos, padre, partamos.

MARQUÉS.

Qué será de nosotros, hija mia?

MAGDALENA. (Con resolucion.)

Padre, Dios nos ayudará.

MARQUÉS.

Ven, ven. (A las gentes de justicia.) Hagan ustedes su deber, señores. (Vánse por la derecha.)

NICOLÁS. (Dejándose caer en una silla llorando.)

Y yo que le creia avaro... como una porcion de imbéciles!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon con retratos de familia. Puerta al fondo, por el que se vé otro salon, y puerta á la derecha. Una ventana á la izquierda en segundo término. A la derecha en primer término una mesa; á la izquierda un piano.

ESCENA PRIMERA.

AMBROSIO.—CELESTINO.—UN CRIADO.

(Celestino subido en una doble escalera, concluye de clavar encima de la puerta del fondo el retrato de doña Escolástica, pintado con un traje de color amapóla, con plumas encarnadas en la cabeza. El retrato tiene un tono chillon.)

CELESTINO.

Está bien aquí, tio Ambrosio?

AMBROSIO. (Sentado cerca de la mesa.)

Sí, entre el retrato de la presidenta y el del coronel.

CELESTINO. (Baja.)

Ajajá!

AMBROSIO. (Aparte.)

Qué contraste, buen Dios!... Esa plebeya, colorada como un tomate, al lado de...

CELESTINO. (Acercándose.)

Diga usted, tio Ambrosio: el retrato de la presidenta y el de... de...

AMBROSIO. (Levantándose.)

Del coronel... el bisabuelo del señor Marqués, muerto en Villaviciosa en el reinado de Felipe V.

CELESTINO.

Era un arrogante mozo.

AMBROSIO. (Con orgullo.)

En aquellos tiempos lo eran todos los hombres... los de calidad, se entiende.

CELESTINO. (Bajo á su camarada.)

No es poco aristócrata este tio Ambrosio. (Alto.) Y esa hermosa señora?

AMBROSIO.

Hijos mios, cuando paseis por delante de ese retrato, inclinaos con respeto... es el de la última marquesa de Cebrian.

CRIADO. (Sorprendido.)

Y cómo ha quedado aquí ese cuadro?

AMBROSIO.

Sois nuevos en la casa y es un bien para vosotros... vosotros no estábais aquí hace quince años cuando el Marqués se vió obligado á dejar este pais y á retirarse á una pequeña granja en las cercanías de Sevilla donde debe aun permanecer. Vosotros no habeis visto como yo embargar, vender este palacio con todo lo que encerraba... todo! hasta los retratos de familia, que no han querido devolver jamás al señor Marqués.

CELESTINO.

Oh! eso no está bien.

AMBROSIO. (Enjugando una lágrima.)

No, no está bien.

CRIADO.

No nos necesita usted, tio Ambrosio?

AMBROSIO.

No, hijos mios, idos: hoy hay convidados y teneis que hacer. (Vánse los criados por el fondo, llevándose la escalera.)

ESCENA II.

AMBROSIO.—Luego MAGDALENA.

AMBROSIO. (Mirando el retrato.)

Ha hecho usted bien en morirse, pobre señora... Dios ha querido ahorrarla á usted grandes penas. (Alejándose se encuentra enfrente de Magdalena que acaba de entrar.)

MAGDALENA. (Con una caja de carton y deteniéndose en la puerta.)

La señora doña Escolástica?

AMBROSIO.

Qué se la ofrece á usted, señorita?

MAGDALENA.

Traigo los encages que ha encargado á Córdoba.

AMBROSIO.

Viene usted de Córdoba... y á pié?

MAGDALENA.

Oh! está tan cerca!... Media hora de camino... (Se enjuga la frente.)

AMBROSIO.

Está usted cansada... Siéntese usted.

MAGDALENA.

Oh! no, gracias, la labor me espera y los dias son tan cortos en esta estacion!...

AMBROSIO.

Entonces pase usted por aquí. (Le indica la puerta de la derecha.) En el extremo de aquel corredor pregunte usted por Elisa, la doncella, y la conducirá á usted al cuarto de la señora. (Deteniéndose y bajando la voz.) Encajes!... son por ventura para el enlace de la señora de que tanto se habla en el palacio?

MAGDALENA.

Lo ignoro.—Por este lado ha dicho usted?

AMBROSIO.

Sí... al extremo del corredor.

MAGDALENA.

Gracias.

AMBROSIO. (Siguiéndola con la vista con interés.)

Es singular!... Todas las costureras que vienen aquí tienen el aire risueño, la mirada despierta y cantan como pájaros... y esta se halla triste y no canta... Es singular, repito...

ESCENA III.

AMBROSIO.—DOÑA ESCOLÁSTICA.

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Entrando por el fondo.)

Qué mira usted, buen hombre?

AMBROSIO. (Volviéndose turbado.)

Ah! perdone usted, señora Marq... (Aparte.) Qué es lo que digo? Señora de Chamorro.

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Aparte sonriendo.)

Me ha llamado señora Marquesa! (Alto.) Quién es usted, buen hombre?

AMBROSIO.

Ambrosio Perez, señora.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Ah! sí, el anciano criado del Marqués que ha quedado aqui despues de la venta... Desde cuándo está usted en el palacio?

AMBROSIO.

Desde hace cuarenta y dos años... señora Marq.. (Reprimiéndose.) señora de Chamorro.

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Aparte con satisfaccion.)

Otra vez? Le tomo á usted á mi servicio; los criados viejos, los sillones viejos y los retratos viejos, todo haré que se varie... habrá una trasformacion completa.

AMBROSIO. (Aparte.)

Lo creo.

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Examinándole.)

Vuélvase usted un poco... Tiene usted un traje muy usado... Hace tambien cuarenta y dos años que lo lleva usted encima?

AMBROSIO.

Yo...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Tranquilícese usted. Vá usted á tener una librea nueva... una librea colorada.

AMBROSIO. (Aparte.)

Colorada? Como... (Mirando al retrato.) Se conoce que es su fuerte. (Con afectacion.) Sí, señora de Chamorro.

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Aparte.)

Esta vez no se ha equivocado. (Alto.) Puesto que data usted de tan larga fecha, usted servirá de guia á todos esos chicuelos que he traido de Córdoba y que se pierden en los corredores del palacio... exactamente como yo... já! já! já!

AMBROSIO. (Aparte.)

La señora Marquesa no se reia así.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Le recomiendo á usted á mis convidados, á mis huéspedes... al señor Fernandez sobre todo...

AMBROSIO.

Al señor Fernandez?

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Sí, ese caballero que llegó ayer tarde... No olvide usted que es el banquero más rico de Sevilla. Procure usted instalarle en el mejor aposento... en el que se reservaba antes al intendente...

AMBROSIO. (Suspirando.)

Cuando habia una intendencia y un intendente.

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Dándole palmadas en la espalda amigablemente.)

Usted pertenece á los buenos tiempos... (Señalando los retratos.)

A aquellos tiempos de caballeros, intendentes, marqueses...

AMBROSIO. (Con calor.)

Si, señora Marq... señora de Chamorro.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

No se mortifique usted por mí... yo soy una buena mujer... Cuánto ganaba usted aquí, Ambrosio?

AMBROSIO.

Dosciendos ducados.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Ahora tendrá usted cuatrocientos. No me lo agradezca usted; me contento con que me hable usted siempre como acaba de hacerlo... sin temor de contrariarme... Vamos, mi buen Ambrosio... yo le prometo á usted una vejez dichosa... y una librea colorada... Váyase usted.

AMBROSIO. (Aparte saliendo.)

Es una buena muger, pero ah! no es bastante.

ESCENA IV.

DOÑA ESCOLASTICA sola, pensativa.

Tres veces me ha llamado señora Marquesa... (Sonriendo.) pero cuando me decia, señora de Chamorro!.. Señora de Chamorro! Ahora es cuando las señoronas del pueblo van á mofarse de doña Escolástica, la viuda de Chamorro el calderero... Tal es la envidia que les causa mi palacio... Y qué ridícula hidalguia la de este pueblo!.. con más vanidad y más humo que dinero... Daria un ojo de la cara por ser aunque no fuera mas que... Cómo me habia de vengar entonces de todas ellas! Y vivir condenada á ser señora de Fernandez!..—Fernandez... Chamorro... qué diablos de apellidos tan prosaicos! (Sentándose con impaciencia.) Ah! ese viejo me ha trastornado toda... Qué necesidad tenia de llamarme tres veces señora Marquesa?

ESCENA V.

DOÑA ESCOLÁSTICA.—MAGDALENA.

MAGDALENA. (A la doncella que la conduce.)

Gracias, señorita.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Qué es eso?

MAGDALENA.

Traigo los encajes para la señora...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Ah! Veamos. (En el momento de tomar la caja de carton mira á Magdalena.) Es bonita esta muchacha... (Alto.) Es de usted esta labor, hija mia?

MAGDALENA.

Sí, señora.

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Abriendo la caja.)

Precioso! Magnífico! Debe usted trabajar desde muy niña... Son artesanos sus padres de usted. (Magdalena baja los ojos.) No es que yo desprecie á los artesanos... (Aparte.) Es preciso popularizarse... (Alto.) Mi difunto esposo lo era tambien... aunque no bordaba encajes como usted... pero examinemos con cuidado estas labores. (Desplegando los encajes.)

MAGDALENA. (Que miraba enderredor, arroja un grito á la vista del retrato de su madre.)

Ah! mi madre!..

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Volviéndose.)

Eh?

MAGDALENA.

Nada, señora.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Sí, algo: ha dicho usted: mi madre! y miraba usted ese retrato...

MAGDALENA.

No señora, no...

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Levantándose.)

Y ese medallon que lleva usted en el cuello?

MAGDALENA.

Señora!..

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Dios mio! Es posible?.. seria usted...

MAGDALENA.

No...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

La hija de la Marquesa...

MAGDALENA.

Ah! señora!.. Yo le suplico á usted... (Cayendo de rodillas.) No he podido reprimir un grito al ver de pronto el rostro de mi madre!.. Madre mia!.. (Levantándose.) No me descubra usted, que nadie sepa...

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Con bondad.)

Nadie lo sabrá. Esta bien; pero yo lo sé. (Aparte.) La hija del Marqués de Cebrian! (Alto.) Vamos, señorita, no se turbe usted así... guardaré el secreto, puesto que usted lo desea... Pero sabe su padre de usted...

MAGDALENA. (Con viveza.)

Oh! que ignore que he venido aquí... Sin que lo sepa trabajo secretamente para aumentar los escasos recursos de nuestra casa.

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Aparte.)

Pobres gentes!

MAGDALENA.

Por eso aprovecho los largos paseos que da mi padre todos los dias por los alrededores de Córdoba.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Y su madre de usted? Ah! Usted llora!.. Dios mio!... ¿Acaso...

MAGDALENA.

Mi madre ha muerto.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Luego su padre de usted... el Marqués de Cebrian...

MAGDALENA.

Es viudo hace quince años.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Viudo... y pobre! (Alto y solícita.) Pero yo la tengo á usted de pié... Siéntese usted...

MAGDALENA.

Me retiro, señora.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Por qué?

MAGDALENA.

Si alguien viniese de pronto... se dignaria como usted prometerme una discrecion que aprecio en tanto?

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Es verdad.

FERNANDEZ (Dentro.)

Al salon? Bien, gracias.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Precisamente espero á cierto sujeto... (á cuya pretension no contestaré ya.)

MAGDALENA. (Con viveza.)

Adios, señora.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Cómo adios!.. Oh! tenemos que ajustar una cuentecita... Espéreme usted en el cuarto de Elisa, que la servirá á usted unos dulces... nada, cualquier cosa... (Cerca de la puerta de la derecha.) Elisa, recomiendo á usted á esta señorita... Hasta luego, hija mia, hasta luego... (Vase Magdalena.) Lo que es el mundo! Una Cebrian vive del trabajo de sus manos, y Chamorro ha ganado tres millones haciendo calderos! (Reflexionando.) Y ha hecho bien despues de todo,

ESCENA VI.

DOÑA ESCOLÁSTICA.—FERNANDEZ.

FERNANDEZ.

Ah! Doña Escolástica...

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Aparte.)

Ha sido exácto... (Apoyándose en el nombre.) Qué tal, señor... Fernandez? ha dormido usted bien en mi palacio?...

FERNANDEZ.

Como un lugareño. Y he tenido unos sueños de oro...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Como un banquero...

FERNANDEZ. (Besándole la mano.)

Como un enamorado, señora.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Eh! cállese usted.

FERNANDEZ.

Me he levantado á las seis... vengo de recorrer el parque. Es bellísimo... señorial... Qué árboles! Qué aire tan altivo y feudal tienen todos!... (Riendo.) Si parecen árboles genealógicos... Pues y el estanque? Y sus magníficos peces?... y sus carpas reales?... como en Aranjuez. Al pasar delante de los dos torreoncillos góticos, me quité el sombrero, mudo de respeto, y en este salon, en todas partes se respira un perfume de antigüedad... que trasciende... Nada hay aquí jóven más que usted...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Adulador!.. (Aparte.) Aunque Fernandez, es galante.

FERNANDEZ.

Disimule usted si he venido así, como de confianza... Mi traje...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Quiere usted callar? Está usted bien así.

FERNANDEZ.

No importa, ruego á usted me permita irlo á cambiar...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Porque espero convidados?

FERNANDEZ.

Con que es cierto?

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Sí, algunos vecinos... el escribano del pueblo... el alcalde, con sus señoras... el cura... Es necesario captarse las simpatías de esta pequeña reunion y he mandado traer de Córdoba una comida de ministro.

FERNANDEZ. (Con un poco de vacilacion.)

Una... comida?..

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Cualquiera diria que le contraría á usted: se asegura, no obstante...

FERNANDEZ.

Que rindo homenaje á los productos de esta casa? Con efecto. (Con emocion.) Pero solo la palabra comida me recuerda siempre otra que pesa sobre mi corazon desde hace seis semanas.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Ah! Dios mio! una gastritis!

FERNANDEZ.

No señora, no fué una gastritis... fué un remordimiento.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Sepamos... (Riendo.)

FERNANDEZ.

No se ria usted, señora... porque yo hube de llorar.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Tan sério fué?

FERNANDEZ.

Creerá usted que yo, que soy un pobre diablo en el fondo, he

sido el verdugo del más noble, del más digno de los hombres! Verdad es que le creia rico y avaro... Rico!... (Doña Escolástica le escucha sin comprender.) Al dia siguiente supe que para darme de comer habia enajenado su última alhaja!.. Corrí á su casa, pero en vano; habia sido espulsado de su pequeña hacienda... Qué ha sido de él? Desde aquel dia mi hijo le busca por todas partes, y yo.. Oh! lo que es yo no como en casa de nadie sin estar seguro de antemano que es rico el que convida, que tiene la bodega bien abastecida... y que puedo beber sin remordimiento la tercera botella.

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Riendo.)

Amigo mio, no encuentro muy clara esa historia... pero á bien que nos la referirá usted en la mesa... á los postres... interesará á nuestros convidados, al escribano...

FERNANDEZ (Recobrando su alegría.)

Y al cura?.. Qué ocasion si quisiera usted utilizarlos...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

A quiénes?

FERNANDEZ.

Al cura y al escribano, mientras permanecen entre nosotros.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Allá veremos.

FERNANDEZ.

Harto lo ha visto usted ya... Usted conoce mi carácter, que es bueno: mi fortuna que es bonita: mi figura que es.... hein? En fin, todo se lo he ofrecido á usted como un billete de lotería que contiene bueno y malo... y usted ha aceptado.

DOFA ESCOLÁSTICA.

Oh! tanto como eso...

FERNANDEZ.

Retira usted su palabra?

DOÑA ESCOLÁSTICA.

No he dicho tal.

FERNANDEZ.

En fin, titubea usted?—Por qué? Es por mi nombre? Acaso Fernandez...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Pues bien, soy franca; es posible.

FERNANDEZ.

Pero escuche usted: me parece que Chamorro no ha figurado nunca en las Cruzadas... No, no es eso, y ahora lo veo claro... Tengo un rival.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Qué dice usted?

FERNANDEZ.

Estoy seguro de ello; por ventura es más rico que yo? Pocos hay... Más enamorado? No existe. Más jóven? Hay algunos... Por lo visto, lo que usted desea es un jóven, señora doña Escolástica.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Señor Don Faustino, tiene usted mucho talento.

FERNANDEZ.

Porque la amo á usted... porque amo esa segunda juventud resplandeciente. (Aparte.) Estos gigantes árboles... (Alto.) Ese talle, esos ojos... (Aparte.) Estas deliciosas carpas... (Alto.) Todo en usted me encanta... á despecho de mi rival... porque yo lo descubriré, y le haré cruda guerra, se lo prevengo á usted... Este es, señora, mi ultimatum, que firmo en esta mano blanca y bella... Piénselo usted bien; ó señora de Fernandez, ó la guerra!—Voy á ponerme otro traje. (Vase.)

ESCENA VII.

DOÑA ESCOLÁSTICA.—Despues CELESTINO.—Luego EL MARQUÉS.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Realmente me ama... (Con impaciencia.) Por qué diantre ese viejo me habrá llamado Marquesa?

CELESTINO. (Entrando.)

Señora...

DOÑA ESCOLÁSTICA. (De mal humor.)

Qué me quieres?

CELESTINO.

Ahí está el afinador de pianos que ha hecho usted venir de Córdoba.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Qué importuno!... Hazle entrar... (A sí misma.) Un afinador! Yo, que en mi vida las he visto más gordas!...

CELESTINO.

Entre usted, caballero. (El Marqués entra, saluda y permanece retirado.)

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Sin mirarle.)

Ahi tiene usted uno de mis pianos... En el gabinete tengo otros tres...

MARQUÉS.

Gusta la señora de la música?

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Quién? yo? No por cierto; nunca me han llamado la atencion esos muebles... pero dicen que adornan...

MARQUÉS. (Aparte, sonriendo.)

No vale entonces la pena de afinarlos.

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Preocupada.)

Quiero volver á ver á esa pobre jóven... (Al criado.) Celestino! (Volviendo en sí.) No, tú eres muy bruto... Dónde está Ambrosio? Que llamen á Ambrosio!

MARQUÉS. (Aparte.)

Ambrosio!

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—AMBROSIO.

AMBROSIO.

Señora... (Se acerca sin ver al Marqués que está vuelto de espaldas.)

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Ambrosio, ruegue usted á esa jóven costurera, que... (Se oye una

campana.) Hola! Ya llegan los convidados!.. (A Celestino.) Vé corriendo á introducirlos en el salon de verano... si sabes donde está, imbecil.

CELESTINO. (Aparte.)

Se ha empeñado en ponerme motes. (Váse.)

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Y usted, Ambrosio, diga á esa jóven que la ruego me espere... vuelvo al momento. (Se dirige hácia la puerta. El Marqués que ha levantado la tapa interior del piano, se vuelve para colocarlo y le vé Ambrosio.)

AMBROSIO. (Reconociendo al Marqués y dando un grito.)

Ah!

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Deteniéndose.)

Eh?...

AMBROSIO. (Muy turbado.)

Nada, señora Marq... señora de Chamorro.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Por qué ha dicho usted ah! No se hace esa exclamacion sin...

AMBROSIO.

Perdone usted si...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Está bien... está bien... (Aparte, mirando al Marqués.) Pero olvidaba... es preciso practicar la hospitalidad á la usanza de los antiguos señores... (Bajo á Ambrosio.) Convide usted á comer al afinador... en la repostería.

AMBROSIO. (Con un nuevo grito.)

Eu...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Otra vez?

AMBROSIO. (Aparte.)

En la repostería!

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Chochea el buen hombre. (Váse por el fondo.)

ESCENA IX.

EL MARQUÉS.—AMBROSIO.

AMBROSIO. (Que ha acechado la salida de doña Escolástica, corre hácia el Marqués y besándole las manos.)

Ah! señor Marqués!..

MARQUÉS. (Levantándole.)

Qué haces, mi buen amigo? La mano, Ambrosio, la mano!...

AMRROSIO. (Llorando.)

Amo mio!.. Mi excelente amo!..

MARQUÉS. (Dominando su emocion.)

Qué es eso? lloras? Vamos, qué harias si me vieses muerto ó deshonrado? La salud es buena; qué diablo! y el corazon no está abatido. Vamos, tranquilízate, mi viejo servidor.

AMBROSIO.

Le vuelvo á ver á usted... le vuelvo á encontrar!.. Y... ella?

MARQUÉS.

Magdalena?

AMBROSIO.

Cuántas veces la he tenido de pequeñuela en mis rodillas! Ya no la reconoceria si la viese. Quién sabe si la habré encontrado en Córdoba alguna vez? Volveré á verla, no es verdad?

MARQUÉS.

No, pobre amigo... no me lo exijas. Es necesario que ignore siempre mi venida aquí... y el objeto que me trae...

AMBROSIO. (Sorprendido.)

Cómo?

MARQUÉS. (Confidencialmente.)

Ella cree que mis salidas no tienen otro móvil que el de dar largos paseos por el campo... cuando en realidad me ocupo en recorrer

las quintas de los alrededores afinando pianos... Por la noche, cuando Magdalena se retira á su cuarto, me encierro y copio música para la orquesta del teatro, y el dinero que gano, pasa á los ojos de mi hija, por un último resto preciosamente conservado, de nuestra antigua fortuna.

AMBROSIO.

Pero esas marchas, esas fatigas, matarán á usted, mi pobre señor.

MARQUES. (Alegremente)

No: en eso precisamente está mi fuerza y mi salud... Hoy, sin ir más léjos, he andado tres leguas.

AMBROSIO.

Sin tomar nada quizá?

MARQUÉS.

Cuando regrese, compraré una rosca, y...

AMBROSIO. (Contento.)

No será hoy, señor Marqués... no será hoy... porque la señora me ha mandado que le sirva á usted de comer...

MARQUÉS.

Gracias.

AMBROSIO.

Que le sirva á usted... (Apoyando.) Aquí, en este salon.

MARQUÉS.

No, no!

AMBROSIO.

Perdone usted; me lo ha mandado la señora, y en su casa de usted he aprendido á ejecutar puntualmente las órdenes de mis amos. (Aparte.) Me despedirá, de seguro... tanto mejor... Así como así, maldita la gana que tengo de ponerme su librea colorada. (Váse por el fondo.)

ESCENA X.

EL MARQUÉS.—Luego MAGDALENA.

MARQUÉS. (Solo, mirando en su derredor.)

Este salon... ese retrato... todo cuanto aquí me rodea... (Abriendo a ventana.) Ah! hé ahí esos hermosos árboles que yo veia á través de mis recuerdos, y que hoy solo me es dado contemplar á través de mis lágrimas. (Próximo á desfallecer, se contiene, se domina, y con el tono mas sencillo, dice:) Serénese usted, Marqués de Cebrian... usted ha venido á afinar los pianos. (Se pone al piano, y saca del bolsillo el afinador.)

MAGDALENA. (Entrando por la derecha y deteniéndose.)

Esa señora no viene... y yo no puedo aguardar más... debo volverme á Córdoba, donde me espera mi padre... Al parecer doña Escolástica ya no insiste en detenerme... Elisa me ha pagado, y... (Se apoya en el respaldo de la silla, cerca de la mesa, y contempla el retrato de su madre. El Marqués, preocupado con sus recuerdos, comienza á tocar el ária cantada en el acto primero por Magdalena. Esta, que hasta entonces ha escuchado con indiferencia, reconoce las primeras frases del canto.) Esa ária!.. Esa ária... sí: es... (Vacila un momento, y marcha lentamente hácia donde está su padre. Le reconoce, se contiene, y sin decir una palabra, se le queda mirando fijamente.)

MARQUÉS. (Sorprendido.)

Magdalena!.. (Oculta precipitadamente el afinador.)

MAGDALENA.

Qué hace usted ahí, padre?

MARQUÉS.

Magdalena, tú aquí?

MAGDALENA.

Sí, yo... Era tanta mi inquietud cuando ví á usted salir que no se por qué le he seguido á usted...

MARQUÉS.

Y por qué estabas inquieta? No salgo todas las mañanas á recorrer el campo? Mi paseo me ha conducido por este lado... He pedido

permiso para visitar este palacio... he entrado... y... (Magdalena estiende la mano hácia el piano y con una mirada parece interrogar al Marqués.) Ah! este piano?.. Ya sabes que tengo la mania de tocar en todos los que encuentro... (Riendo.) Por cierto que estaba desafinadísimo... me ha disgustado... y he tratado de... y con efecto...

MAGDALENA. (Mirándole con fijeza.)

Padre!... (Baja los ojos.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS.—AMBROSIO.

AMBROSIO. (Deteniéndose en la puerta, y parte.)

No, nunca me atreveré...

MARQUÉS. (A Magdalena.)

Preciso será que lo cierre para que no se aperciban... (Se levanta.)

AMBROSIO. (Aparte, viendo á Magdalena.)

La costurera!.. Mejor que mejor. (Bajo, tirándola suavemente del vestido, mientras el Marqués cierra el piano.) Señorita, ruego á usted venga en mi auxilio...

MAGDALENA.

Para qué?

AMBROSIO.

Usted no me comprenderá, pero no importa. Tengo encargo de entregar á... al señor... (Abre su mano.)

MAGDALENA. (Con viveza.)

Dinero!

AMBROSIO.

Chist! Sí... esta moneda de oro... y no me atrevo...

MAGDALENA. (Aparte.)

Ah! todo lo comprendo. (Alto.) Padre, me ha engañado usted.

MARQUÉS. (Volviéndose.)

Qué es eso, Ambrosio? (Ambrosio oculta precipitadamente la moneda.)

MAGDALENA. (Con fuerza.)

Oh! no señor, no trate usted de ocultar esa moneda, y usted, padre, no se avergüence de aceptarla... Yo tambien he trabajado y he recibido mi salario... hélo aquí... Por qué hemos de avergonzarnos? He trabajado por usted... usted ha trabajado por mí.

AMBROSIO.

Señorita Magdalena...

MARQUÉS. (Dominando su emocion.)

Bien, hija, bien. Prefiero esta situacion á esa falsa vergüenza... al fin me he librado de ella y me considero dichoso. Dame ese dinero, Ambrosio, dámelo. El dinero adquirido por el trabajo, nunca ha manchado la mano de nadie... Toma, Magdalena; hoy hemos tenido un buen dia... Oh! sí, un magnífico dia!. (Se arrojan en brazos uno de otro.)

AMBROSIO.

Señorita Magdalena!

MARQUÉS.

Magdalena, te presento al buen Ambrosio de quien te he hablado tantas veces.

MAGDALENA.

Usted servia á mi madre?

AMBROSIO.

Sí, señorita, y nunca la he olvidado.

MAGDALENA.

Padre, déjeme usted que le abrace. (Se oye ruido de platos y cucharas.)

AMBROSIO. (Aparte con alegría.)

Se ponen á la mesa... Ya no temo nada. (Corre á la puerta del fondo y se encuentra con los otros dos criados que traen una mesita servida.) El señor Marqués está servido.

MARQUÉS.

No, ya te he dicho...

AMBROSIO. (Suplicándole.)

No me prive usted de este honor... Ruégueselo usted tambien, señorita.

MAGDALENA. (Rogando al Marqués que se siente.)

No desaire usted al antiguo servidor de la familia.

MARQUÉS.

Pero y tú?

MAGDALENA.

La doncella me ha ofrecido unos dulces... Voy por la caja que contiene mis encajes... y regresaremos juntos más contentos que lo que hemos venido... porque este trabajo que casi era un remordimiento, será una alegría en adelante... Hasta luego. (Le abraza, y váse.)

ESCENA XII.

MARQUÉS.—AMBROSIO.

AMBROSIO. (Con una servilleta en el brazo.)

Mande usted, ordene usted, señor Marqués... Me siento rejuvenecido en quince años.

MARQUÉS. (Riendo.)

Hágase tu voluntad.

AMBROSIO. (Examinando los manjares.)

Qué significa?.. Esto es mezquino, miserable... Bueno solo para la repostería. (Celestino atraviesa el segundo salon llevando un faisan en un plato.) Ah! dame aca...

CELESTINO.

Es para la mesa grande...

AMBROSIO. (Tomando el plato.)

Para la mesa grande?.. Por vida de... Quién te dice lo contrario? (Suena la campanilla.) Ya llaman, vé pronto á buscar otra cosa. (Váse Celestino corriendo.) Tome usted, señor Marqués, un faisan que procede del parque... de pura raza.

MARQUÉS.

Déjame antes respirar... (Segundo campanillazo.)

AMBROSIO. (Aparte.)

Llaman al faisan. (Se dirije al fondo y mira por el lado del comedor. Celestino pasa de nuevo, llevando otro plato y tropieza con Ambrosio.) Dame, dame... yo me encargo...

CELESTINO.

Mire usted que es para la mesa grande.

AMBROSIO.

Bien, hombre: vete á buscar otra cosa. (Celestino se aleja. Ambrosio coloca el plato delante del Marqués.)

MARQUÉS.

Otra vez? (Tercer campanillazo más fuerte que los otros.)

AMBROSIO.

La campanilla bufa... (Llamando.) Celestino! Celestino!

ESCENA XIII.

LOS MISMOS.—DOÑA ESCOLÁSTICA.

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Entrando por el fondo, colérica.)

Qué servicio!.. Es inaudito... Dónde se han metido esos bribones?

AMBROSIO. (Que se habia dejado caer sobre una silla: levantándose.)

Ya van, señora; ya...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

(Viendo al Marqués que se levanta y permanece en pié delante de la silla.)

Qué veo? (Bajo á Ambrosio.) Qué ha hecho usted? Dónde tiene usted la cabeza? Está usted loco?

AMBROSIO.

Como la señora me ha encargado que sirva...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Pero no aquí!.. Caballero, este criado no me ha comprendido.

AMBROSIO. (Queriendo interrumpirla.)

Señora... (Magdalena aparece por la derecha, y se detiene al ver á Doña Escolástica.)

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Sírvase usted seguir ese corredor, y allá abajo, á lo último, encontrará la repostería.

MAGDALENA.

La repostería! á mi padre!..

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Aterrada.)

El Marqués!

ESCENA XIV.

LOS MISMOS.—MAGDALENA.

MAGDALENA.

Vámonos, padre, vámonos.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

(Corriendo hácia el Marqués con la mayor turbacion.)

Caballero, siéntese usted... yo se lo ruego...

MARQUÉS.

Pero...

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Balbuceando.)

Yo soy... yo quisiera... En fin, ruego á usted que se siente... Acaso no está usted en su palacio?.. Señorita... Ambrosio...Ayúdenme ustedes á detener al señor Marqués...

MARQUÉS.

Señora... mi emocion...

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Suplicando.)

Si no vuelve usted á sentarse, creeré que trata usted... de... Señor Marqués, se lo suplico.

MARQUÉS. (Sonriendo.)

Bien está, señora.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Pronto, Ambrosio, llame usted, que vengan todos mis criados ¿Qué vino es este que no tiene sello? Pronto! Ambrosio, traiga usted

lo mejor que haya... Lo más excelente... Qué hace usted ahí parado?

AMBROSIO. (Solícito.)

Voy... si.. (Aparte con alegría.) Maldito si comprendo... (Gritando.) Celestino! José! *Chateau Margaux*!

MARQUÉS.

No se qué pensar....

DOÑA ESCOLÁSTICA.

(Viendo pasar á Celestino que lleva un plato lleno de dulces.)

Aquí! Aquí!..

AMROOSIO. (Apoderándose de todo.)

Aqui todo!

CELESTINO. (Defendiendo el plato.)

Si es para la mesa grande...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

No se trata ahora de la mesa grande!..

AMBROSIO.

Cabal!.. No se trata ahora de la mesa grande... (Rechazándole.) Vé á buscar otra cosa!

CELESTINO. (Aturdido.)

Para la grande...

AMBROSIO.

No... todo para aquí. (Celestino váse corriendo.)

MAGDALENA. (Aparte juntando las manos.)

Mi buen padre! (Fernandez entra con la servilleta en la mano.)

ESCENA XV.

LOS MISMOS.—FERNANDEZ.

FERNANDEZ.

Qué diablos está aqui pasando? (Viendo á la señora Chamorro.) Ah! señora; los convidados se van á comer los codos de hambre...

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Sin hacer caso.)

Bien, bien, que coman...

FERNANDEZ. (Aparte riendo.)

Cómo que coman? Si no tienen qué!.. (Mirando) Pero con quién está ahí? (Se adelanta y reconoce al Marqués.) Ah!

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Teniendo una botella.)

El vaso, señor Marqués...

FERNANDEZ.(Cogiéndole la botella de las manos, y muy solícito.)

Permítame usted, señora... soy yo quien debe servir al señor de Cebrian.

MARQUÉS. (Colocado entre los dos.)

Señor Fernandez... (Quiere levantarse.)

FERNANDEZ. (Deteniéndole.)

No se mueva usted, señor Marqués, yo se lo ruego.

AMBROSIO. (Aparte.)

Soberbio!.. Ahora el otro!

FERNANDEZ. (Bajo.)

Usted aquí? Y mi hijo que le busca á usted por todas partes...

MARQUÉS.

Su hijo de usted?

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Ofreciéndole frutas.)

Señor Marqués...

FERNANDEZ.

Sin ceremonia, beba usted. (Muy bajo.) He sido un tuno, un galopo, un...

MARQUÉS.

Señor Fernandez!

FERNANDEZ.

Déjeme usted que me trate así... lo merezco; esto me consuela...

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Por un lado.)

Coma usted.

FERNANDEZ. (Por otro.)

Beba usted.

JUNTOS.

Señor Marqués... (Le colman de cumplidos. Ambrosio levanta las manos al cielo.)

MARQUÉS. (Levantándose.)

Doy á ustedes mil gracias.

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Aparte.)

Si yo pudiera echar de aquí á Fernandez... (Alto.) Mi querido don Faustino, no deje usted por más tiempo solos á mis convidados.

FERNANDEZ.

Bah! Para lo que tienen que comer... (Celestino entra y habla bajo á Ambrosio.)

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Preciso es que se vaya.

AMBROSIO. (A Doña Escolástica.)

Señora, ha llegado una persona en coche preguntando por don Faustino.

FERNANDEZ.

Por mí?

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Aparte.)

Bravo! (Alto.) Corra usted, señor Fernandez, le esperan á usted.

FERNANDEZ.

Llévele el diablo.

DOÑA ESCOLÁSTICA. (A Ambrosio.)

Vaya usted y dé esa respuesta.

FERNANDEZ. (Contrariado.)

Allá voy, señora, y vuelvo. (Aparte al Marqués.) No le espera mal recibimiento. (Váse. Se llevan la mesa.)

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Bajo y con viveza á Magdalena.)

Señorita, ruego á usted nos deje solos un momento. (Viendo que vacila.) Vá en ello su porvenir de usted... el de su padre.

MAGDALENA.

Es posible?

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Se lo ruego á usted... (Váse Magdalena. Aparte y con resolucion.) Señora de Fernandez?.. Jamás!..

ESCENA XVI.

EL MARQUÉS.—DOÑA ESCOLÁSTICA.

MARQUÉS. (Saludando.)

Dígnese usted recibir las gracias por su atencion, y mi despedida. (Se vuelve y parece buscar á Magdalena.)

DOÑA ESCOLÁSTICA.

(Sin moverse y con una emocion que apenas puede reprimir.)

La señorita de Cebrian no está... nos hallamos completamente solos.

MARQUÉS. (Sorprendido.)

Se ha marchado?

DOÑA ESCOLÁSTICA.

No, la he rogado que espere á usted...

MARQUÉS.

Ah!

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Titubeando.)

Porque...

MARQUÉS.

Por qué? Hable usted, señora.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Es que no es tan fácil... Ya comprende usted, señor Marqués; no somos de la misma clase...

MARQUÉS.

Y qué...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Que me impone usted. Si en lugar de usted tuviese yo de-

lante al señor Fernandez, por ejemplo, pronto quedaba arreglado el asunto.

MARQUÉS.

Pues bien, hágase usted cuenta que soy él.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Bien sabe usted que eso no es posible... (Con intencion.) Y luego el señor Fernandez se queda en tanto que usted... usted vá á abandonar este palacio á donde la casualidad le ha traido un instante... este palacio, en que tal vez ha nacido usted... donde ha pasado tan bellos dias... Y yo me quedaré, yo, la hija del tio Simon el quincallero, y la viuda de Chamorro que aún llaman el calderero. Es esto justo?

MARQUÉS.

Este palacio, señora, no podia venir á manos más dignas... Cree usted que nuestro orgullo herido se rebela contra esas nuevas fortunas adquiridas por medio de un trabajo honrado y perseverante? No, señora, no. Déjeme usted felicitarme de que este antiguo dominio no haya sido repartido como tantos otros...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Oh! no... Me indigno... me exaspero...

MARQUÉS.

Permítame usted que proteste contra esas palabras, agradeciendo, no obstante, el sentimiento que las inspira... Adios, señora. (Saluda y vá á salir.)

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Desconcertada.)

Adios, señor Marqués... (Doña Escolástica recobrando el valor y con tono brusco.) Y qué vá á ser de usted?

MARQUÉS. (Volviéndose muy sorprendido.)

Cómo?

Ya he soltado la palabra... tanto peor! Le pregunto á usted, qué vá á ser de usted?

MARQUÉS. (Sonriendo.)

A mi edad, señora, no se llega á ser... se continúa siendo...

DOÑA ESCOLÁSTICA. (A media voz.)

Se continúa siendo... pobre. Pues es divertido. (Mirándole.) Despues de todo... tal vez no tan pobre como yo digo, ni tanto como usted cree...

MARQUÉS.

Qué quiere usted decir?

DOÑA ESCOLÁSTICA.

(Presentándole bruscamente una silla y sentándose á su lado.)

Se cree usted completamente arruinado?

MARQUÉS.

Lo creo... sinceramente.

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Incrédula.)

Bah!

MARQUÉS. (Riendo.)

Cómo bah?

DOÑA ESCOLÁSTICA.

De todo lo que usted ha poseido, aún conserva algo que puede valerle mucho.

MARQUÉS.

No comprendo... qué pueda ser.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Su nombre.

MARQUÉS.

Mi nombre? Verdad es que no han podido embargarle, ni adjudicarlo al mejor postor. Pero un nombre vale hoy tan poco... tan poco...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Vale millones!.. (Bajando los ojos.) Para los inteligentes.

MARQUÉS.

Quienes son los inteligentes?

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Yo... (Conteniéndose.) Y otros muchos. (Despues de un momento de pausa.) Por qué no se vuelve usted á casar?

MARQUÉS.

Qué idea!

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Una idea excelente. Todavía es usted jóven... Qué edad tiene usted? Cincuenta años?

MARQUÉS.

Sesenta, si no lo toma usted á mal.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Sesenta! (Aparte.—Levantándose con admiracion.) Sólido como su palacio. Ah! Cómo se edificaba en estas familias! (Alto.) Si encontrára usted una mujer... de una edad proporcionada... que tuviese la dicha de ser rica... la felicidad de ser viuda... quiero decir, la desgracia...

MARQUÉS. (Sonriendo.)

Una mujer... rica...

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Con aturdimiento.)

Tres millones!

MARQUÉS. (Mirándola.)

Ah! Sabe usted la cifra...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Si esa mujer...

MARQUÉS. (Sonriendo.)

Que no existe...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Que existe, señor Marqués; que yo conozco... Si esa mujer, repito, por tener el honor de llevar su nombre de usted le ofreciera toda su fortuna, qué le respondería usted?

MARQUÉS.

Debo decirlo?

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Ciertamente.

MARQUÉS. (Con sencillez.)

Le responderia, señora, que nuestra familia no ha vendido nunca su nombre... nos ha faltado siempre aptitud para el comercio.

(Movimiento de doña Escolástica.) No es que yo censure esa clase de alianzas... qué importan los millones de la muger que uno elige, cuando es á ella y no á sus millones á quien se ama? Pero convenga usted que aquí no reza este caso, pues ignoro hasta de quién hablamos...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Quiere usted permanecer pobre?

MARQUÉS.

Con tales condiciones, sí, señora.

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Acercándose, á media voz.)

Y su hija de usted, señor Marqués?

MARQUÉS. (Extremeciéndose.)

Mi hija!

DOÑA ESCOLÁSTICA.

No ha amado nunca á nadie?

MARQUÉS.

Señora!

DOÑA ESCOLÁSTICA.

No sufre en secreto...

MARQUÉS.

Quién le ha dicho á usted...

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Quien lo sabe.

MARQUÉS.

Fernandez!

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Sí, todo me lo ha contado; sé que la señorita de Cebrian ha sofocado su amor y sus esperanzas de dicha para consagrarse enteramente á usted... pues bien, si esa mujer de quien hablamos, añadiese: «Su hija de usted, señor Marqués, será tambien mi hija... yo la querré como una madre... yo la daré en dote la mitad de mi fortuna... será dichosa.»

MARQUÉS.

Magdalena!

DOÑA ESCOLÁSTICA.

La vanidad del caballero nada tiene que ver en este asunto... el corazon del padre es el solo juez... Qué responderia usted?

MARQUÉS. (Aparte.)

Magdalena dichosa!

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Esto es hecho. (Observándole.—Se acerca á la mesa y escribe rápidamente.)

MARQUÉS. (Aparte.)

Vamos, Marqués de Cebrian, vende tu nombre para dotar á tu hija. (Volviéndose y viéndola escribir.) Qué hace usted, señora?

DOÑA ESCOLÁSTICA. (Acercándose con una carta en la mano.)

Esta muger no está enteramente libre... No falta quien ha pedido su mano, y á quien ella ha prometido una respuesta definitiva; esta carta que usted vé contiene una repulsa... Si acepta usted, le autorizo á que la envie donde dice el sobre; si se me niega, puede usted romperla, arrojarla al fuego... cuanto acaba de pasar habrá sido un sueño, y todo habrá concluido entre nosotros. Tome usted.

MARQUÉS.

Señora... (Echando una mirada á la carta.) Al señor Fernandez. (Con viveza.) Fernandez!

ESCENA XVII.

LOS MISMOS.—FERNANDEZ.

FERNANDEZ. (Corriendo, embriagado de gozo.)

Era él!.. era Jorge!

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Su hijo de usted!

FERNANDEZ.

El mismo; y por señas que aqui se acerca con Magdalena.

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS.—JORGE.—MAGDALENA.—Despues AMBROSIO.

FERNANDEZ. (Muy conmovido.)

Señor Marqués, hace seis semanas pedí á usted la mano de la señorita de Cebrian para mi hijo... hoy tengo el honor de volver á pedírsela á usted.

JORGE Y MAGDALENA. (Adelantándose.)

Padre!..

FERNANDEZ. (Continuando.)

Pero con una condicion. Tengo el derecho de imponerla, y la impongo. No admito ni un maravedí de dote... nada de doscientos mil ducados, ni de veinte y cinco mil, ni doce mil: nada, ó tomo de un brazo á mi hijo, y buenas tardes. Qué dice usted?

MARQUÉS.

Señor Fernandez, voy á contestarle á usted. (Aeercándose á doña Escolástica.) Ya lo oye usted. Ese hombre tan rico se ha inclinado ante nuestra miseria... recompensaré tanta nobleza y generosidad con una traicion, quitándole la muger que ama? Usted quiere casarse con un caballero... con un noble... por vida mia, señora, que el verdadero noble es él...Y yo, si hiciera lo que usted desea, qué seria? (Doña Escolástica le mira, le tiende la mano, toma la carta y la rompe. Continúa el Marqués.) Jorge, mi hija es de usted.

DOÑA ESCOLÁSTICA. (A Fernandez.)

Amigo mio, ese rasgo le rehabilita á usted á mis ojos.— Seré señora de Fernandez.

MARQUÉS. (A doña Escolástica, mostrándole á Magdalena.)

Ella será su hija de usted.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Y no abandonará nunca este palacio.—Se marchará usted ahora?

AMBROSIO. (Alegre.)

Corro á preparar el aposento del señor Marqués.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Ah! Dios mio!.. y nuestros convidados que hemos dejado olvidados á la mesa?

FERNANDEZ.

Ande usted que no habrá sido su dijestion muy trabajosa.

DOÑA ESCOLÁSTICA.

Señor Marqués, señorita Magdalena, vengan ustedes.

MAGDALENA.

Vé usted cómo decia yo bien? Dios no abandona nunca á los buenos.

MARQUÉS.

Sí, hija mia! Sí: bendita sea su inagotable bondad!

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta obra, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.—Madrid 1.º de diciembre de 1861. *El Censor de teatros*, ANTONIO FERRER DEL RIO.

CATÁLOGO

DE LOS SEÑORES

SALAS, HELGUERO Y GAZTAMBIDE

EDITORES.

MADRID.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
Calle de S. Agustin, 12, segundo.
1862.

Rs. vn.

AGUILAR Y SANCHEZ (J. M.)

El Matrimonio, tratado en que se examinan y juzgan las causas de sus sufrimientos y desgracias y se proponen los remedios conducentes: un tomo en 4.º de 124 páginas. 6

ALTADILL (A.)

*La voz de España, loa en un acto. 4
Don Jaime el conquistador, drama histórico en tres actos.. 8

ALVAREZ (E.)

*La hija del regimiento, zarzuela en tres actos 8
*La hija del pueblo, id. en dos. . 6
*Marta, id. en tres. 8
*La Reina Topacio, id. id.. . . . 8

ANDILLA (BARON DE) Y GERONIMO MORAN.

La dama blanca, zarzuela en tres actos. 8

ARNAO (A.)

*El dominó negro, zarzuela en tres actos. 8
*El cervecero de Preston, id. id. . 8

AUSET (A.)

Un problema de la vida, comedia en tres actos. 8

ALTOLAGUIRRE (M.A.)

El héroe de Anghera, drama histórico en dos actos. 6

BREMON (L.)

*Una emocion, zarzuela en un acto. 4

BUSTILLO (J.)

*El padre de mi mujer, juguete en en un acto 4

CAPMANY Y MONTPALAU (A.)

Efemérides ó Museo histórico, que comprende los principales sucesos de España y del extranjero, como asimismo toda la parte artística y monumental de los principales paises, dos tomos en 8.º prolongado, en Madrid.. 38
En provincias. 42

DIANA (M. J.)

Un prisionero en el Riff. Memorias del Ayudante Alvarez, obra geográfica, descriptiva, de costumbres, y con un vocabulario del dialecto riffeño, segunda edicion, un tomo en 8.º prolongado de 336 páginas, en provincias. 10

DIAZ (J. M.)

Gabriela de Vergy, tragedia en 4 actos. 8

FERNANDEZ (P.)

*Juan sin pena, zarzuela en un acto 4

GARCIA (J. M.)

Las manos blandas, comedia en tres actos.. 8
La Aldea de S. Lorenzo, melodrama en cuatro actos. 8
Una Cueva de Ladrones, juguete cómico en un acto. 4

HARTZENBUSCH (J. E.)

Cuentos y fábulas, 2.ª edicion corregida y aumentada, dos tomos en 12.º en Madrid. 12
En provincias. 14
El mal apóstol y el buen ladron, drama en cinco actos.. 8

HARTZENBUSCH (J. E.) Y GAYETANO ROSELL

El padre pródigo, comedia en cuatro actos. 8

LARA (M.)

*La perla negra, zarzuela en tres actos. 8

Rs. vn.

LOMBIA (J.)

Lo de arriba abajo, comedia en dos actos. 6
El sitio de Zaragoza, drama en cuatro actos. 8
El teatro, su orígen, índole é importancia, un tomo en 4.º prolongado, en Madrid. 8
En provincias. 10

LOPEZ (F.)

*Los cazadores en Africa, zarzuela en un acto. 4

MOSQUERA Y LOSADA (R.)

Manual de Anatomía práctica. Un tomo en 8.º prolongado.
Madrid. 19
Provincias. 22

MARTINEZ CUENDE (E.)
Y
JOSE M. LARREA.

*Por un inglés, zarzuela en un acto. 4
*El amor constipado, id. id. . . . 4

MORAN (G.)

*Fra Diávolo, zarzuela en tres actos. 8
*Las damas de la Camélia, zarzuela en un acto. 4

MOZO ROSALES (E.)

La grandeza de Alcorcon, comedia en un acto. 4
Marchar contra la corriente, id. en tres. 8

OLAVARRIA (E.)

El Caballero pobre, comedia en dos actos. 6

OLONA (L.)

*El secreto de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

Rs. vn.

ORTIZ DE PINEDO (M.)
Y
JOSE M. GARCIA.

Una heroina de Capellanes, comedia en tres actos. 8

PALACIO (M.)

*D. Bucéfalo, zarzuela en tres actos. 8
*La vuelta de Columela, id. en id. 8

PEDROSA (F. MARTINEZ.)

*La red de flores, zarzuela en un acto. 4

PASTORFIDO (M.)
Y
NARCISO SERRA.

Los monederos falsos, zarzuela en tres actos. 8
*Zampa, id. en id. 8

PETÁNO Y MAZARIEGOS (G.)

Viajes por Europa y América, precedidos de un prólogo por el Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura, un tomo en 8.º prolongado de 264 páginas, en Madrid. 8
En provincias. 10

PICON (J.)

*Anarquía conyugal, zarzuela en un acto. 4
Memorias de un estudiante, zarzuela en tres actos. 8
*Entre la espada y la pared, idem en id. 8
*Un concierto casero, sainete lírico en un acto. 4
*La isla de San Balandran 4

PINA (M.)

Compromisos del no ver, zarzuela en un acto. 4
*El jóven Virginio, id. en id. . . 4
El niño, id. en id. 4
*El sordo, id. en dos actos. . . . 6
*Enlace y desenlace, id. en id. . . 6
*Los peregrinos, id. en un acto. . 4
Carambola y palos, comedia en un acto. 4

Rs. vn.

RAMIREZ (J.)

La culebra en el pecho, drama en tres actos.. 8
El camino de la gloria, comedia en tres actos. 8
La Caja de Pandora, coleccion de estudios filosóficos, artísticos, literarios, político-satíricos, de costumbres y viajes, un tomo. . 19

RIVERA (L.)

* A Rey muerto, zarzuela en un acto. 4
*Los piratas, zarzuela en tres actos 8
*Stradella, id. en id. 8

ROSELL (C.)

*El burlador burlado, zarzuela en tres actos. 8

RUIZ DEL CERRO (J.)

*Los mosqueteros de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

RODRIGUEZ (A.)

*El nuevo Fígaro, zarzuela en tres actos. 8

SELGAS Y CARRASCO (J.)

Hojas sueltas, viajes lijeros al rededor de varios asuntos, un tomo en 8.º prolongado, en Madrid 8
En provincias. 9

Rs. vn.

SERRA (M.)

*La edad en la boca, zarzuela en un acto.. . . , ... 4
*Una historia en un meson, id. id. 4
*El loco de la guardilla, id. id.. . 4

SOBRADO (P. M. DE)

*El zuavo, zarzuela en un acto.. . 4
La playa de Algeciras, apropósito en un acto. 4
Escenas de campamento, id. id. . 4

TRIGUEROS (M.)

La toma de Tetuan, comedia en un acto 4
El prestamista, comedia en un acto. 4

VEGA (R. DE LA)

*Frasquito, zarzuela en un acto. . 4
*Los dos primos, id id. 4

VELASCO (R. DE)

*Por faltas y sobras, zarzuela en un acto 4

VILLANUEVA (J. JOAQUIN)

*La franqueza, zarzuela en un acto 4

ZAMACOIS (M.)

*El firmante, zarzuela en un acto. 4

ZAMORA Y CABALLERO (E.)

Pobre importuno, proverbio en un acto. 4

ADVERTENCIA.

Todas las obras que llevan esta señal * al márgen, corresponde su música á esta administracion donde puede tambien pedirse.

PUNTOS DE VENTA.

EN MADRID.

Cuesta, Carretas 9.
Duran, Carrera de S. Gerónimo 8.
Moya y Plaza, Carretas 3.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Carmen 29.

EN PROVINCIAS.

En casa de los Sres. corresponsales del Centro general de administracion, ó por medio de carta franca, incluyendo su importe con sobre al «Centro general de administracion» S. Agustin, 12, 2.º derecha.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, calle de Carretas.
Durán, Carrera de san Géronimo.
Moya y Plaza. Carretas, 8.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Cármen, 29.

EN PROVINCIAS.

En casa de los comisionados del Centro General de Administracion.